

Es niña

Elvia González Valdés

Soy hija de Clemente y de Dolores
Muere mi padre
Y me daja sin clemencia
Vive mi madre
Y me deja la vida con dolor.

Para Edgardo

PRIMERA PARTE

¡Es niña! Mi madre cerró los ojos. Fui la única de sus seis hijos que el sexo que fuera le daba lo mismo. Ya tenía niño y niña, así que la tercera daba igual. En sus dos partos anteriores, como todas las señoras, fue atendida por parteras. Esta vez mi padre insistió en un médico. Es bueno saber que me recibió un hombre. A mi madre, también eso la tenía sin cuidado, tampoco importaba que fuera bonita, inteligente, simpática, ni la que tuvo más carácter que ninguno de sus hijos, ni la única que estuvo a las puertas de la muerte, aunque debo admitir que aquí sí se detuvo a llorar por mí, esa fue la única vez que lo hizo por mí y no conmigo, como sucedió después.

Cuando cumplí dos años, el doctor Castillo quería abandonar el caso. No deseaba que yo muriera en sus manos. Se lo hizo saber a mis padres, ellos dijeron que en ningunas manos yo moriría mejor que en las de él. No morí, viví sólo para morir después de la peor manera.

Mi niñez transcurrió como a través de un velo. Recuerdo que por las noches, mis hermanos y yo, salíamos sin permiso. Al grito de "¡coladitos coladitos!", nos íbamos de escapada hacia la calle. Mientras papá y mamá iban "al doctor"; el doctor podía ser cine, teatro, frontón o los gallos. Esa noche íbamos más decididos que nunca a jugar con los de la privada hasta la media noche. En nuestra loca carrera tuvimos un encuentro.

Un ratero venía en sentido contrario con un bolso en la mano, mis hermanos lograron esquivar el encontronazo, yo no. Cuando abrí los ojos vi los rostros aterrorizados de mis hermanos, escuché que preguntaban si me acordaba de mi nombre y cuántos años tenía. Yo no sabía ni quién era ni mucho menos cómo me llamaba. Ya más tranquilos fui debidamente amenazada, ¡ay de mí si rajaba cuando llegara la ocasión! La ocasión llegó, yo rajé. Fue la primera ley del hielo que sufrí en carne propia. Mis hermanos tardaron en perdonarme semanas y guardaron reproches que soltaban cada vez que lo consideraban necesario.

Otro día estábamos en la azotehuela de la casa, mi madre tenía ropa y yo saltaba de un escalón a otro esquivando unos pollitos que correteaban por ahí. “No estés brincando que vas a pisar un pollo”, dijo mi madre. A partir de ese día supe lo que era pisar un pollo y tener la certidumbre de que mi madre tenía premoniciones.

Durante las comidas, era atendida por mi hermano, era mi preferido y me volví su cómplice. Se trataba de molestar a mi hermana. La correteábamos con un ratón, Irene les tenía pavor. También jugábamos caballazos, yo montada en las ancas de Fernando mi hermano, e Irene en las ancas de la muchacha; la fuerza con la que Fernando galopaba y le caía encima a Irene y la muchacha, me provocaba una felicidad casi tan grande como cuando Irene se peleaba con las niñas de la cuadra a rasguños y pellizcos. Las peleas eran concertadas por mi hermano que no sé cómo convencía a Irene, convirtiendo la calle en una arena de lucha libre. Mi hermana siempre salía vencida a pesar de los vítores y porras que Fernando y yo le gritábamos: “¡Jálale los pelos, dale de patadas!”, pero era su contrincante la que procedía a hacer todo lo que gritábamos.

Crecí rodeada de animales “exóticos”: renacuajos, peces de colores, arañas marinas y otros bichos que Fernando llevaba. Mi hermano era “mago”, le encantaba darnos función. A veces dormía a las palomas y, cuando calculaba que el efecto del cloroformo había pasado, chasqueaba los dedos para que la paloma “resucitara” y la paloma resucitaba ante los rostros boquiabiertos de su público. El acto de magia cumbre fue dormir a un pez rojo enorme que no sé de dónde sacó pero, si mal no recuerdo, quedó pendiente su resurrección.

Todos los animales que Fernando llevaba pasaban una efímera estancia en mi casa, yo los disfrutaba mucho antes de que fueran debidamente corridos. Mi padre procedía a hacerlos desaparecer, que “eran sucios”, decía, aunque yo los veía limpiísimos.

Teníamos aves de corral y era un triste espectáculo la matanza de algún gallo. El ritual empezaba cuando emborrachaban al gallo, nunca supe muy bien para qué, el caso es que cuando el gallo ya no sabía si era pinto o colorado, procedían, mi madre y mi abuela, a colocar al gallo en posición de degollarlo, recostándolo en una tabla redonda como de carnicero y ahí ¡zaz!, le cortaban la cabeza con un cuchillo. Siempre pensé que sería mejor con un hacha pero mi opinión no contaba. Después lo ponían patas para arriba a que se desangrara y como el pobre aún aleteaba, aquello era un regadero de sangre que, para que yo comiera el caldo del famoso gallo, le colgaba un rato. Era mucho mejor comprar un guajolote a los inditos que pasaban frente a la casa, dirigiendo una parvada de guajolotitos de diferentes tamaños, la varita que traían en la mano para mantenerlos unidos se parecía a la del mago Merlín; si la movía hacia la derecha, los guajolotes se iban a la derecha, si hacia la izquierda iban hacia la izquierda, si de frente, lo mismo, sin tocarlos ni pegarles; como si fueran directores de orquesta indicaban hacia dónde tenían que ir sus guajolotes; todos iban a morir como cuando termina una sinfonía.

Nací en la colonia Jardín Balbuena, estaba llena de árboles, había pocas casas. En la acera de enfrente había un restaurante-bar donde escuchaban todo el tiempo al trío Los Panchos: “Sin ti”, “Como un rayito de luna”, “Flor de azalea”, fueron canciones que me acompañaron durante mis primeros años.

El radio era para mí fuente de misterios y alegrías; cuando escuchaba el anuncio de Carta Blanca, yo estaba convencida de que se trataba de una carta no escrita o de una convocatoria para escribirla. Cuando escuchaba “De Sonora a Yucatán se usan sombreros Tardán”, me parecía extraño que en lugares como Tlapacoyan, usaran sombreros de fieltro como los que en México usaba mi padre, con el calor que hace, ni aunque fueran Tardán. Escuchábamos “El Panzón Panseco” que me divertía muchísimo. Igual lloraba junto con mi abuelita cuando escuchábamos “Cárcel de Mujeres”. Todas estaban presas injustamente, todas cla-

maban justicia; ellas no habían cometido ningún crimen ni eran culpables de esas acusaciones horribles por las que estaban dentro. Mis infantiles reflexiones entonces iban hacia lo absurdo e injusto de los jueces y todos esos raros mecanismos de la ley.

Cri-Crí era mi preferido y los domingos me colaba, pues debería estar dormida, a escuchar “Carlos Lacroa”; me gustaba que Margot gritara: “¡Cuidado Carlos, cuidado!” y a la respuesta de Carlos, me gustaba imaginarla con una pistola: “¡Dispare Margot, dispare!”; o el doctor I.Q: “Aquí tenemos un caballero, doctor”. “A ver por veinticinco pesos repita este trabalenguas: Señor cómpreme un coco, yo no compro coco, porque como poco coco como, poco coco compro”, lo decía tan rápido, que al señor de arriba a su derecha, se le trababa la lengua y pasaban al siguiente.

Había una tienda llamada Los Etiópes, despachaba una mujer que siempre vestía de blanco. Decían que estaba un poco loca desde que había perdido a su hijo. Como el terror de mi mamá era que le robaran alguno de sus hijos, o que se le perdieran, yo suponía que así había perdido a su hijo la de la tienda. No me gustaba encontrarla afuera de su tienda, me asustaba verla con su vestido blanco largo deslizándose por la calle como si volara. Preferíamos ir a la tienda de abarrotes El Faro a comprar galletas de animalitos o “brujas” para tronarlas los fines de año.

De aquellos años, guardo una fotografía donde estoy subida en el friso de una ventana y tengo en mis manos una paloma, estamos de frente las dos y la sostengo sobre mi pecho. Estoy muerta de risa, creo que a la paloma no le gustó posar y como que ya queríamos que terminara la foto. Cuando la veo, viene a mi mente mi madre, que me sostenía desde atrás y Fernando mi hermano frente a nosotras tomando la foto. La emoción del momento me hace llorar, quizá porque nunca más mi hermano me verá por la lente de una cámara ni de ninguna otra manera. Lo extraño mucho, fue el hombre más cálido y cercano que tuve en mi niñez, el que me apoyó y amó toda su vida.

Era tímido, silencioso; ya de adultos no lo veía mucho pero hoy que ya no está, me doy cuenta del continente y la seguridad que me brindaba saberlo vivo, siempre presente y al alcance de mi vida. Cuando nació, él

tenía nueve años, me cuentan que durante los primeros años de su vida se sentaba a llorar en la cocina, mientras mi madre cocinaba y así permanecía largo rato. “¿Qué le pasa a ese niño?” preguntaban todos, mi madre respondía: “Sólo quiere llorar”. Después de un rato, Fernando preguntaba si se podía secar las lágrimas con el delantal de su mamá, y ese era el final de un extraño ritual que, según dicen, también practicaba, de niño, mi padre.

Cuando cumplí seis años nos cambiamos a un edificio en la calle de Vidal Alcocer, aunque el edificio era de cantera rosa y muy moderno, a mi mamá no le gustó dejar su casa de dos pisos con patio trasero, pórtico y jardincito; el departamento, por amplio y bonito que fuera, no era suyo.

Mi padre compró La Concordia, una farmacia que muchos años nos dio para vivir, pero hubo que vender la casa prometiéndonos a todos que nos la repondría en cuanto pudiera. Así fuimos a dar allá. Yo estaba en primero de primaria, feliz de ir al colegio pues a los tres años, me agarró la prisa por entrar; lloré todas las mañanas que dejábamos a mis hermanos en la escuela hasta que cumplí cuatro y me admitieron en el jardín de niños. Tengo fotos vestida de todos los disfraces posibles: tehuana, adelita, china poblana, muñeca, abanderada; este último no es disfraz, pero yo me sentí como si lo fuera. En quinto grado me rebelé, ya no sacaba diez en todo, la clase de bordado era un suplicio, no tanto por el bordado sino por la viejita que la daba, nos ponía a hacer un muestrario de todas las puntadas existentes en el mundo y ¡ay de la que no supiera nombre y forma de cada una!, se ponía peor que la maestra de solfeo cuando no correspondía la nota tocada, con la nota apuntada y con el tono de voz que emitíamos. Además nos seleccionaban; unas eran cantantes y otras éramos oyentes. Un verdadero infierno, así que fui de mal en peor hasta que en una junta entre maestras y mi madre, decidieron que yo repitiera año para que saliera bien preparada de primaria. La ofensa rebasó mi capacidad de asimilar castigos. Que por rebelde decían, que sí puede la niña, pero no quiere, y así empecé a no querer lo que los demás querían y ahí arrancaron mis desgracias. Querer pensar por mí misma y tomar mis propias decisiones. Que si no quería sopa de habas, que es “tan nutritiva y tan buena”, que si no lavaba los trastes, que si me quería ir de la casa, “esta niña es muy necia, caprichosa, rebel-

de, floja y mentirosa, va a sufrir mucho, nadie la va a querer, además no come ¡mírala que flaca!, no sé que voy a hacer con ella”.

En el nuevo departamento se acabaron las escapadas nocturnas. Teníamos dos nuevos hermanitos hombres, así lo había querido mi madre y como era bruja o hada, nunca he sabido bien, pues hombres fueron. Faltaba uno por llegar que ese sí que fue “coladito”, mi padre ya estaba enfermo y él sabía que su corazón no era el mejor. Nuestra única salida era ir al jardín de la iglesia del Carmen casi todos los domingos, a esperar a mi padre cuando salía de la farmacia. Íbamos a comer por ahí o con un singular personaje que nunca entendí bien, la tía Meche; a pesar de que era hermana de mi madre no nos recibía en su casa, salían mis primas al jardín, cuando bien nos iba, y ahí jugábamos. Comíamos flautas de barbacoa y tepache en una taquería. A mi madre se le permitía el acceso para visitar a mi abuelita. Yo entré a esa casa una vez, cuando mi abuelita ya estaba muy enferma; era húmeda, lúgubre y fría, no me había perdido de nada. Esta mismísima tía, hacía gelatinas en forma de corazón o de animalitos, pasteles y los adornos para esos pasteles que eran los más bellos que haya visto jamás. Que si una orquesta de cochinitos uniformados con chaqueta militar roja; que si palomares con un delicado enrejado de alambazón de azúcar con techito de dos aguas, y una variedad de palomitas blancas en todas sus actividades que sólo les faltaba volar para vivir; que si Blanca Nieves; o Bambi con su imprescindible mariposa en la colita y Tambor dándole duro al piso con la pata, todo en medio de un bosque con gran variedad de flores, colores y una diversidad de figuras que eran auténticas esculturas de azúcar en miniatura. Todo eso lo hacía para nosotros, sus sobrinos, cada que cumplíamos años. Cuando reflexiono sobre la actitud de mi tía, no atino a ver dónde está la falla, si es que la hay, ni cuáles son mis sentimientos hacia mi tía, ni muchísimo menos los de mi tía hacia sus sobrinos. Sin embargo, me doy cuenta de que sus caricias sólo podían ser a través de esa maravillosa repostería que ella nos regalaba.

Viviendo en ese edificio, escuché por primera vez que en el departamento de enfrente tenían una televisión ¡qué mala onda que nosotros no! El veredicto paterno fue: “Sólo muerto yo entra un aparato como ése a mi casa”. Nos quedó muy claro a todos y a la fecha no veo televisión.

Volviendo a la falta de opinión de mi madre respecto a mí, con el tiempo se fue formando una opinión muy clara. Ante mi negativa de comer, decretaba que me quedara frente a mi plato hasta que me comiera toda la comida –así fuera todo el día– me llegué a pasar toda una noche frente al plato, antes de probar bocado; si se trataba de tender mi cama o lavar los trastes, los métodos eran similares; la presión de mi madre era tanta que con frecuencia yo hacía mi maleta para escapar de la casa. Total, para hacer el “quehacer” de una casa, lo mismo daba en la mía que en cualquier otra. La vez que mi madre me sorprendió en esa tarea, dijo que en ese mismo instante saliera de ahí y no volviera; de verla tan decidida se me quitaron las ganas.

El doctor Castillo coleccionaba gatos; un día mi padre salió de consulta con uno. “Que son muy finos”, dijo mi padre e insistió en darme uno. Me apropié de él en cuanto lo vi, nunca tuve nada más peludo, era de angora gris. Se llamaba Perla, y cuando me daban arranques de amor se escondía dentro de los cajones de ropa, tan quieta y relajada que bien podía abrir el cajón en donde ella estaba; luego lo volvía yo a cerrar porque parecía “chón” o camiseta; para cuando la encontraba, ya se me había bajado la euforia. La disfruté y la amé muchísimo, ella me correspondió, sus rasguños y mordidas eran por amor. “¡Esa niña no deja un minuto a la gata, no es saludable, se va a enfermar!”, decía mi padre. Por la cantidad de veces que se bañaba mi gata, yo no estaba segura de si la que se iba a enfermar sería ella o yo. Perla corrió la misma suerte de los animales que llegaban a mi casa, pero esta vez entendí menos y sufrí el doble, pues mi padre me la había dado, además no me avisaron que se la iban a llevar. Me enojé tanto que me prometí nunca hacerle a mis hijos algo parecido, si algún día los tenía. Y lo cumplí, pero esa vez se trataba de un gato siamés que maullaba como si los otros gatos, con los que supongo quería comunicarse, estuvieran sordos. Mis hijos ponían a prueba su paciencia, de tal modo que un buen día nuestro gato salió para no volver. De ahí en adelante tuvimos perros, que no andan por los techos, no rasguñan, están despiertos durante el día y no son tan sentidos como para irse sin avisar.

De vez en cuando íbamos a Tlapacoyan, lugar donde nació mi padre. Su abuelo, el señor González, llegó de España a Veracruz, fue presi-

dente municipal de Tlapacoyan, se casó y ahí se quedó a vivir. Llegábamos a una casona con pisos de madera, vigas en los techos, muebles enormes, sillones y sillas de bejuco y mecedoras en la sala. Sus balcones daban a la plaza principal donde se veía un jardín, el palacio municipal y la catedral del pueblo. Tenía habitaciones para todos, llegábamos a ir tres o cuatro familias, y entre tíos y primos, sumábamos más de veinticinco. En la parte de abajo había un patio central rodeado de habitaciones y bodegas. Al frente había una tienda donde el tío Bustano y la tía Modesta vendían granos, harinas y forrajes. En el traspatio había un chiquero, tenía divisiones de madera en donde yo hacía malabarismos hasta que alguna vez me caí al fondo del chiquero. El susto de encontrarme de pronto, en medio de los enormes cerdos que corrieron a ver qué había caído, sentir sus hocicos tan cerca de mí, me hizo emitir tales alaridos, que me hicieron famosa en toda la casa. No sé si por ello mi padre me dijo un tiempo “cuinto”.

Cerca estaba el mar de Tecolutla, a veces íbamos a nadar allá, otras, los primos más grandes, Fernando, Ernesto y Lalo, todos cortados con la misma tijera, se iban a recoger frutos y corretear por las casonas vecinas, mientras los menos grandes nos íbamos al jardín. Irene, Graciela y Alicia platicaban de muchachos, nosotros los más chicos, Guillermo, Carlos, Pepe, Vicki y yo, platicábamos con el bolero, un enanito que le sacaba tanto brillo a los zapatos que cuando terminaba, parecían de charol.

La llegada de mi padre a Tlapacoyan era motivo de fiesta para los tíos. No tuvieron hijos, vivía con ellos una hermana que ni aunque se llamara Maternidad, (tía Mater le decíamos) tampoco tuvo hijos y ambas adoraban a mi padre, lo habían cuidado de niño y no sé si porque lloró con ellas y se secó el llanto en sus enaguas, sentían una especial debilidad por mi padre. Disponían que toda la casa se preparara para recibirnos, siempre había guisos especiales. En el desayuno había pan recién salido del horno, las muchachas, Chonita y Soledad, estaban atentas “a ver qué se les ofrece a los niños”; a los niños se nos ofrecía todo. El olor a madera, a granos, a especias, el amor, la convivencia y todos los aromas de la casa, tan cálida y acogedora para mí, hicieron que las vacaciones en Tlapacoyan se volvieran inolvidables.

Mi padre se enfermó del corazón, preludiaban su enfermedad unas alucinaciones que él veía cuando tomaba su baño de vapor. Unos individuos idénticos a él bailaban a su alrededor, eso dijo, y además, que le asustaba verlos. Recuerdo a mi padre sentado a la cabecera de la mesa, vestía pantalón y chaleco oscuros, mangas de camisa, corbata guinda. Desayunábamos en silencio, los silencios eran frecuentes entre nosotros. De pronto, mi padre levantó la mirada y cayó al suelo pesadamente. Todos brincamos de las sillas. En ese momento, entre la confusión, nadie atinaba a hacer algo.

Mi madre gritaba por un médico. Mi padre echaba espuma por la boca. Mi madre trataba de impedir que mi padre se mordiera la lengua. Mi hermano Fernando salió corriendo a la calle por el médico. Mi hermana gritaba y corría de un lado a otro. No encontraba la cuchara que mi madre pedía. Yo, inmóvil frente a la escena, sin articular palabra; por primera vez sentí miedo por algo concreto. Me aterrorizó verlo en el suelo, revolcándose convulsionado. Sentía la violencia de su embolia en mis entrañas. Todo me parecía absurdo. Hoy, los recuerdos se me nublan. El olor a huevos con frijoles, aún me hace estremecer.

Aquella mañana terminó mi vida en familia. Mis padres salían a diario, al médico o al trabajo. Mis hermanos y yo empezamos a probar el sabor del abandono. Nuestros días transcurrían en soledad. A diario afrontábamos excesivas tareas. Tuve que cuidar niños más niños que yo. La soledad envenenaba nuestros corazones; era envenenamiento por abandono. Llegábamos del colegio a una casa sucia, vacía. Sin mis padres, comíamos poco. La marchanta de Las Juanitas, cambiaba sus macetas por nuestra comida; como si las flores nos consolaran más que la comida.

Nos salvamos de milagro: uno de mis hermanos se cayó del segundo piso y sólo tuvo magullones, otro jugaba en la rivera del Churubusco, rodó al río y no se ahogó. El pequeño adelgazaba y palidecía más cada día. Yo pude esquivar el acoso alcoholizado del hermano de mi madre.

La tristeza que se volvió melancolía, me fue ganando. “El internado sería protector para mí”, dijo mi madre, “una jovencita como yo podría ser presa de peligros”, eso dijo. Yo que era la menos dócil de sus hijos, pasé

dos años en salvaguarda. El separarme de mis hermanos me enfermó. A ellos los invadió el abandono. A mi padre se lo llevó el siguiente ataque. A mi madre le ganó la indolencia y el desapego y, a mí se me terminó templando el espíritu. Ahora, con el espíritu templado lloro como niña al recordarlo.

Llegó el día de devolverle la casa a mi madre, ahora viviríamos en el sur; la colonia pertenecía al Banobras y se llamaba Unidad Modelo. La casa era de ladrillo aparente rojo, las separaciones entre ellos tenían pintura blanca y al frente había un jardincito con rejas de madera, también blanca, parecía salida de un cuento o de los pasteles de la tía Meche. Llegando ahí, Irene cumplió quince años, yo hice mi primera comunión, sin embargo la estrella, como siempre, sería mi hermana, pero esto me importó poco, yo estaba a punto de ser santificada, no por mi estado de gracia sino porque con ese vestido y ese velo me sentía etérea y a punto de volar.

Antes de irnos del rumbo donde vivíamos, iba a “la doctrina” a prepararme para comulgar en la iglesia de Loreto. Era grande, lúgubre y las enseñanzas eran malas, pero antes de entrar nos quedábamos Irene y yo, en el jardín de enfrente viendo lo que ahí sucedía. Estaban los boleiros de zapatos, los vendedores; los merolicos que me dejaban con la boca abierta, oyendo la velocidad que desarrollaban al hablar de las maravillas de sus productos; al terminar, yo estaba absolutamente convencida de que esos productos obraban verdaderos milagros, lástima que no estaba enferma de todo lo que enumeraban, ni tenía dinero para comprarlos. Había cilindros que tocaban melodías como “París en Primavera”, al final de cada melodía, un changuito que estaba trepado, a veces en el cilindro y a veces en el cilindrero, extendía un pocillo que traía en la mano para pedir monedas, en ese momento yo salía a perderme pues alguna vez un chango me pescó con su cola y no me quería soltar; recuerdo haber tenido frente a frente la cara del mono con sus brillantes ojos, y haber gritado tan fuerte que a ese chango por lo menos, no le habrán quedado ganas de repetir la hazaña. Lo que menos me gustaba eran los osos que tenían una argolla en la nariz para ser llevados de aquí para allá; sus dueños tocaban el tambor y un oso enorme, café, sucio, con el pelo apelmuzado, bailaba al son de lo que tocaran. Yo lo contem-

plaba con los ojos bien abiertos sin saber qué me sucedía por dentro, sin saber que hubiera preferido ir a protestar por lo injusto del trato a ese doblegado animal, en vez de ir a alabar al Señor por sus bondades.

A todos los del parque y a los catequistas los tenía sin cuidado lo del oso, sus enseñanzas consistían en asegurarse de que recitáramos de memoria los rezos; nuestro comportamiento, el de los dueños de los osos y las mentiras de los merolicos, pasaban a segundo término; lo importante era convencernos para que no pecáramos. Pero de los diez mandamientos yo no entendía eso de no fornicarás, honrarás, santificarás, no levantarás falso testimonio, no desearás a la mujer de tu prójimo. Con este último decidí que había mandamientos sólo para hombres y que era difícilísimo saber cuál era para cada quien.

Entre la muerte de mi padre y mi entrada al internado, quedé a cargo de mis hermanos menores. Gerardo era el que me seguía y obedecía a ojos cerrados, luego estaba Ángel que, cuando se enojaba, hacía berrinche y se privaba perdiendo el sentido un rato. Nadie se atrevía a molestarlo. Se volvió voluntarioso y hacía lo que le daba la gana. Llegó a beberse los vinos de la casa y emborrachar a los otros dos; se robaba pájaros de las jaulas, los enseñaba a volar y a pasar hambres para que aprendieran a buscar comida, luego, los dejaba en libertad. Se peleaba con otros niños y siempre ganaba. Era mi preferido y yo de él. El más chico era Armando, él sólo vivía para hacernos caso, era “el puerquito” de todos, su pelito era risado y sus ojitos verdes siempre estaban alertas, bailaba muy bien, sobre todo la pieza de moda “Tequila”; quedó huérfano de padre a los cuatro años. Yo los cuidaba a todos, y los amaba también.

Nos íbamos en bicicleta en dirección del Cerro de la Estrella que parecía no estar muy lejos. Los cuatro en una sola bicicleta; yo manejaba, Ángel en el cuadro, Gerardo y Armando en la parrilla; pedaleaba con trabajo, mi estatura era corta para el tamaño de la bicicleta, que era de Fernando.

Cuando andábamos en patines jugábamos coleadas; tomados de las manos formábamos una fila, el de hasta adelante tomaba velocidad y de pronto daba un viraje a modo de que la hilera “chicoleara”, el que estaba a la cola daba trapiés y si se caía daba prenda o se salía del juego. Por

las noches jugábamos escondidillas o encantados hasta que llegaban nuestros padres y nos metían a dormir. Mi madre comprobaba que hubiéramos comido, ignorando nuestros tratos con la marchanta de las juanitas, segura de que nunca tiraríamos la comida. Mi abuelita decía que el que tiraba la comida, regresaba en forma de cochino a buscar la comida que tiró: “¿Tiene que ser la misma que tiró?”, preguntábamos. “Por supuesto”, contestaba ella. Santo remedio para el desperdicio. Afortunadamente mi madre no reparaba en el florido jardín testeo de juanitas: si el guiso era simple, las juanitas eran blancas, si era mixto, las juanitas eran jaspeadas y si era delicioso el guiso, las juanitas eran guindas, fiusha o alguna “variedad desconocida”.

Fernando ya era un joven pero seguía divirtiéndose a costa de mis hermanos. Llegaba de trabajar por la noche, con sigilo subía las escaleras y en la puerta de la recámara donde nos encontrábamos, parado en cuatro patas, rugía como un león. Todos terminábamos en la cuna de Armando, temblando y gritando del susto en medio de sus carcajadas. Trabajaba el mayoreo de la farmacia; ganaba bien, y dinero y tiempo lo gastaba en convencer a mis hermanos de que salieran corriendo de la casa a la avenida Rosales (más o menos tres cuadras), sin ropa. Era tanta la labor de persuasión y tanto el dinero para los niños, que terminaban desnudos en loca carrera de ida y vuelta. Pasaba también largas horas en el patio contemplando a sus palomas, únicos animales que logró que mi padre le permitiera.

Irene en cambio, terminó de estudiar y trabajaba en un Banco. Hacía lucir su sueldo; se compraba buena ropa, tenía para pasear, ayudaba a la casa y le sobraba. A mí siempre me faltó, aunque en su momento ganara más que ella. Éramos antagónicas: mientras ella arrullaba muñecas, sobre todo a Lulú, una muñeca de pasta con ojos cafés que abría y cerraba; yo odiaba a las muñecas. Ella guardaba “tesoros” en su cajón, como yo no tenía ninguno, cuando nos peleábamos, iba al cajón y le rompía todos sus “tesoros”. Ella obedecía a mi madre y todo le contaba; mi madre para mí sería la última confidente sobre la tierra y la desobedecía en todo. Irene era exuberante y seductora, yo flaquísima y con ganas de haber sido niño. Desde siempre vi las desventajas de pertenecer al “segundo sexo”. Mientras Irene soñaba con un galán, yo al grito

de “todos contra mí”, salía triunfante de la moquetiza que se armaba, normalmente con niños. El único galán que había aparecido se fue con “cajas destempladas”. Desde su ventana me veía jugar en el patio; un día que mi mamá no estaba, me envió un conejito de trapo y una carta de amor, yo me moría por aceptar el conejito que era rojo. Pero ganó mi aire de “faraona”, como me apodaron más tarde. Mandé de regreso al mensajero y dije que no me volviera a molestar. Irene siempre abogaba por mis pretendientes: “¡Ay, pobre, cómo lo dejas ahí parado, con el frío que hace, vas a pagarlas todas juntas, lo corriste feísimo, no sé quien crees que eres!”

Mi abuelita nos visitaba los martes, aliviaba nuestra soledad ese día. Nos acompañaba a comer, y cuando lavaba los trastes cantaba “La barca de oro”:

Yo ya me voy, al puerto donde se halla,
la barca de oro, que debe conducirme.
Yo ya me voy, sólo vengo a despedirme,
adiós mujer, adiós para siempre adiós.
No volverán, tus ojos a mirarme,
ni tus oídos, escucharán mi canto.
Voy a aumentar, los mares con mi llanto,
adiós mujer, adiós para siempre adiós.

Mi abuelita era la encarnación de las mujeres que vivieron la Revolución. Nació en San Luis Potosí, en el seno de una familia acomodada, su padre era médico. La educaron para formar un hogar; sabía bordar y tocar la mandolina; conoció a mi abuelo, rico comerciante venido de España, se casaron y se establecieron en México; tuvieron cuatro hijos, la tercera fue mi madre que nació en 1909. En 1910 estalló la Revolución, vino la Decena Trágica, entraron los revolucionarios a la capital y los comerciantes como mi abuelo quedaron en la ruina. Mis abuelos terminaron viviendo en la Plaza de San Pablo, en una vecindad que tenía doce viviendas, en la que fue una casona. Los agobios, la miseria y un infarto mataron a mi abuelo.

Merceditas, que así le decían a mi abuelita, tuvo que ganarse la vida aseando despachos y cociendo por las noches ropita ajena. Mi madre soñaba con los ojales de las camisetas que le ayudaba a hacer a mi abuela; comían frijoles y tortillas, y cuando bien les iba, queso. Mi madre conservaba una caja de sal de uvas Picot que le servía de costurero, era de metal, rectangular, amarilla con racimos de uvas grabados. Ese costurero contenía todo para mantener botones en su lugar, coser descosidos, zurcir calcetines “la clave del zurcido, hija, es usar hilo del mismo color de la prenda”. Mi madre usaba dedal para empujar la aguja; jamás pude hacer lo mismo, si me ponía el dedal en el dedo medio, empujaba la aguja con el índice, si me lo ponía en el dedo índice empujaba con el medio, si me ponía dos dedales, no podía coser.

Antes de morir mi padre nos tomaron una foto a los ocho. Fernando era un guapo joven que parecía no romper un plato, Irene un poco gordita, yo con un vestido rosa que me costó un berrinche que me lo compraran; cada día de mi cumpleaños estrenaba vestido, éste lo escogí yo y se salía del presupuesto. Gerardo como de cinco años, era el amor de las amigas de mi mamá: “¡Qué niño más precioso!”, decían, e inmediatamente Gerardo cantaba:

A donde vas chamaquito,
con tu sombrero de lado,
yo voy a ver a mi novia,
que se la lleva el pelado.

Era la puntilla para las señoras que se lo querían llevar a su casa. Ángel, el día de la foto, estaba enojadísimo porque no le gustaban las fotos; salió trompudísimo, afortunadamente no se privó. Pensé “mejor trompudo que privado en la foto”. Armando con cara de pollo, en el regazo de mi mamá, que se empeñaba en ponerle pantalones bombachos cortos, a pesar de que también sus piernitas eran de pollo. Al centro, sentado, mi padre con traje oscuro y zapatos bostonianos; con ese semblante afable que tanto me gustaba ver cuando llegaba de trabajar. Corría a saludarlo, lo besaba en la mejilla y buscaba una cajita de chicles

Adams que siempre traía, en la bolsita de su chaleco, para mí. Jamás me levantó la voz ni mucho menos la mano. A su lado, mi madre, mucho más guapa de lo que fuimos Irene o yo, con un vestido de falda circular color obispo y la blusa como con brochazos en dos o tres tonos más bajos que la falda; su peinado con ondas que se hacía con unos aditamentos de metal como pellizcos largos y la boca pintada en forma de corazón. De no haber muerto mi padre hubiéramos sido una familia feliz.

Fernando organizaba tardeadas, compraban refrescos y botanas, ponían discos de 78 revoluciones y bailaban. Irene aprendió a bailar mambo. Yo me fui al internado.

Llegamos al internado, una casa grande ubicada en el corazón de Coyoacán. “Qué tal si espantan”, pensé. Los camiones no entraban hasta ahí, para llegar caminamos kilómetro y medio de terracería. Yo caminaba de puntitas para no empolvar mis zapatos.

Mi predecesora en el internado me dejó todas sus cosas. Era la número veintiséis. Su madre me había recomendado para ser aceptada. Sólo estrené uniformes, los suyos resultaron cortos y anchos. Cuando me los probé, pensé que lo gordita no le estorbó; saliendo del internado se “corrompió”, así me dijeron, le dio por andar con hombres. Mis uniformes, ropa interior y cepillo dental fueron los preparativos. Nadie me despidió, como si fuera a volver al día siguiente “total ni falta que hace”, pensé. Me sentía con el corazón alborotado, nunca había pasado más de dos noches yo sola, fuera de casa.

Mi madre me entregó con cara de víctima. Yo puse la misma cara de ella. Una monja gorda, la madre superiora, dijo que todo estaría bien. Mi madre se fue sin hacerme recomendaciones; cuando sus hijos nos volvíamos adolescentes, ella dejaba las recomendaciones, como si con sólo crecer nos volviéramos responsables. Me sentí tomada en cuenta con esta nueva actitud.

Una joven me llevó a conocer el internado. De las oficinas salimos a un jardín con pájaros y bancas. Llegamos a unos pasillos con puertas que bordeaban un patio, los pisos rojos brillaban como espejos; “nada más falta que me pongan a trapear”, pensé. Me enteré después que cada sábado eran tallados con shishí, además todos los días les sacaban brillo

con un coleador: en un palo amarraban un uniforme viejo de paño, una niña se sentaba sobre el uniforme, otra tiraba del palo; los pasillos eran recorridos varias veces en esa forma. Yo escogía jalar el coleador, tomaba a mi compañera desprevenida y todo terminaba como en remolque taurino. Entre carcajadas y caídas, los pisos quedaban relucientes.

Las puertas del pasillo daban acceso al interior. Entramos por la del comedor, las mesas estaban paralelas, rodeadas de sillas. Esa misma noche escogí la cabecera de una de ellas, desde ahí podía ver el portón que daba a la calle, según a quién veía entrar eran mis expresiones: “¡Oye qué mango acaba de llegar!” “¡Órale con el que entró!” Disfrutaba que mis compañeras se pararan con la cara hacia la puerta, para ver sólo un jardinero viejo y panzón o a la monja que regresaba de vender galletas.

Pasamos al vestíbulo, el piano de cola estaba ahí, debajo de una ancha escalera. Emitía un sonido grave; por las noches subíamos cantando a los dormitorios. Mi elevación era en ambos sentidos, subía las escaleras y elevaba mi espíritu.

Llegamos al dormitorio, vi una hilera de camas separadas por burós, me señaló la mía, asenté mi maleta y puse atención a lo que mi compañera me decía: “Me da mucho gusto que estés aquí, vas a estar muy contenta; al principio te sientes sola pero dura poco, después nos acompañamos unas a otras. Para lo que se te ofrezca me llamo Otilia”. Su mirada me pareció maliciosa pero no atinaba por qué.

Nos enfilamos escaleras abajo, pasamos frente al dormitorio de primaria, había niñas hasta de cinco años de edad. Me sentí afortunada por haber llegado ahí a los trece. Bajamos, vimos los salones en los que habría de estudiar durante tres años. Llegamos al costurero, ahí se pasaban los escasos ratos libres: planchábamos, platicábamos, lo que no hacíamos era coser. Me quedé platicando con Otilia, yo trataba de averiguar qué era lo que no me decía. Se acercó Ana Gloria Ouseikoff, que con su acento ruso-maternal suavizaba lo que decía. Me alegró que fuera así por lo que dijo después: “¡Aguas con ésa!” “¿Por qué?” “Ya sabes, es medio rara” “¿Cómo que rara?” “Sí, no te hagas, le gusta pasarse a tu cama por las noches.”

Pocas veces algo me había azorado tanto; no tenía la más remota idea de algo así, Ana Gloria creyó que me hacía tonta, yo no salía de mi asombro. “¿Estás hablando en serio?” “¡Seguro!” “Pero eso es cosa de hombres, se llaman jotos.” “Esto es cosa de mujeres y se llaman marinachas”, contestó. Esa noche no dormí, ni la siguiente, ni la siguiente. Dormí en santa paz la tercera y todas las demás. Cuando llegaron todas las que fuimos, se definieron en parejas las que estaban muy solas o no tenían protección. A mí me sirvió mi amor por Elvis Presley, desde que vi por primera vez su foto en la revista de un puesto de periódicos, donde aparecía de pie, sonriendo, flanqueado por dos mujeres en mallas negras y en cada pierna escrito con letras blancas “Elvis Presley”, me quedé petrificada de amor. Su foto estaba dentro de mi buró. En el buró de las demás había estampitas, altares; en el mío Elvis era dios padre, dios hijo y dios espíritu santo. Pensaba en él, hablaba con él, suspiraba por él. Cuando llegó el verano, las monjas decidieron terminar con el incipiente homosexualismo dentro del internado, muchas fueron devueltas a sus casas, con lujo de detalles, eso dijimos las que nos quedamos. Hubo algunas como Esperanza y Emita que hacían muchas labores dentro de la escuela, con las que las monjas se hicieron de la vista gorda. Yo no lo sabía pero así recibí mis primeras lecciones de política.

Connigo en el internado, mis hermanos solos, sin mí, no se escaparon de que alguien los lastimara. En cambio a mí, me sentó el encierro. Comía a mis horas, dormía bien, estaba acompañada, descubrí mis aptitudes, aprendí a escuchar, a ser solidaria. Aprendí también que información era poder. Estar con las más solas que yo, me siguió templando el alma.

El primer año lloré por salir, mi madre me sacó, a los quince días lloré por regresar, mi madre me regresó. Al siguiente año crecí, regresé otra; mis amigos se volvieron galanes. Estábamos educadas para formar un hogar, la vocación femenina era sólo ésa, “si no te casas estás perdida”.

A las cinco de la mañana escuchábamos el “Ave María Purísima”, respondíamos “sin pecado concebida”, tendía mi cama, me lavaba y me vestía rezando a todo rezar. De ahí al Oratorio, oíamos misa para templar las tentaciones en el día. Las tentaciones no templadas se ventilaban en los confesionarios. Íbamos a la parroquia en Coyoacán los primeros

viernes de mes. Exorcizábamos nuestros demonios y quedábamos listas para la otra. Saliendo de ahí, yo caminaba como monja, me guardaba de ser tentación para los hombres. Las monjas eran claras al decir: “Ustedes despiertan sus apetitos, cuidado”. No valía nuestro andar recatado y el deseo de aparecer inadvertidas. Usábamos medias de algodón o lana, uniforme de paño azul marino, delantal de cuadritos, cuellos y puños blancos. Por si fuera poco, suéter. La hilera de jovencitas despertaba esos apetitos de todas formas, el temido “adiós mamacita” se dejaba oír y como maldición nos volvíamos culpables nuevamente. El estado de gracia duraba poco.

La clase de canto consistía en pertenecer al coro que cantaba en la parroquia de Coyoacán en fin de curso. Por primera vez dejé de ser oyente para convertirme en cantante, era tercera voz. Cada que cantaba, Edith Piaff y yo éramos una misma, así me sentía. En una de las clases, el maestro nos sacó por estarnos riendo, nos salimos sin pena ni gloria, eso molestó mucho al maestro, quien esperaba vernos salir compungidas y llorosas. No quiso volver a recibirnos a menos que le presentáramos formalmente una disculpa. “¡Rogarle a ese viejo, primero muerta!”, ya lo había yo dicho, me tuve que aguantar. El día de la graduación me sentí tristísima y frustrada. Nunca tuve otra oportunidad de volver a ser cantante.

Las monjas me enseñaron a hacer ramilletes espirituales. Se rezaban cuantas oraciones quisiéramos que formaran el ramillete. Veinte padres nuestros, treinta aves marías, dieciocho credos, treinta y cinco magníficas, quince salves; se anotaban detrás de una estampita y se lo regalábamos a seres pecadores que andaban en el mundo, yo se los daba a mi madre. Estos ramilletes espirituales valían indulgencias que aumentaban las posibilidades de ganarse el cielo. A mí me daban arranques de amor y anotaba oraciones que rezaría después. Era como pedir fiado, quedé a deber una cantidad considerable, “después los pago”, pensé. Al salir, me volví libre pensadora y dejé de ser sujeto de crédito celestial por mi mala paga.

Una tarde que estábamos tomando el sol, entre clase y clase, alguien dijo que se había matado Pedro Infante en un avión particular. Claro, dijeron las monjas, con tanta fama y tanto dinero (se callaron lo guapo que les parecía) borracho parrandero y jugador, pecador seguro; reza-

mos doble por la salvación de su alma. Cuando íbamos al cine con mi padre, veíamos alguna película de Pedro y a la salida nos llevaba al café de chinos que estaba frente al cine Bucareli; cenábamos café con leche y pan de chino. Esas noches se volvieron inolvidables, a mi padre le gustaba silbar canciones mientras caminábamos en silencio, nunca me he sentido más protegida que cuando caminaba a su lado.

Cuando Fernando me iba a visitar, me daba cincuenta pesos para mí sola; iba yo por mis compañeras, buscábamos a la madre Mercedes, una española que además de prohibirnos usar “sostenedores”, creo que nos quería ver como las despechugadas del medioevo; odiaba las uñas largas y atendía la dulcería, la cual abría sólo para nosotras; había un anaquel de madera donde guardaba toda clase de golosinas, como si se tratara de un bar. “¡Lo que tomen corre por mi cuenta!”, decía yo.

Mi hermano también cantaba en voz baja: “El reloj”, “Bonita”, “La barca”, mientras me llevaba al internado después de salir algún fin de semana. En noches tranquilas y estrelladas, recuerdo a estos dos hombres que le dieron significado a mi niñez y me doy cuenta que nunca los he dejado de extrañar.

Entré a trabajar al despacho del licenciado Ezequiel Padilla, ex-candidato a la presidencia de la República con Miguel Alemán. “La raspa la bailó, Canacho con Almazán y luego la bailó, Padilla con Alemán”, cantaba el pueblo. El “Narciso Negro”, como lo apodaban, ya estaba grande, se rumoreaba que iba a Suiza a ponerse hormonas de mono, yo pensaba: “con razón parece un mono, erguido, delgado, prepotente, pero mono”. Les adivinaba el pensamiento, me ascendían con frecuencia, terminé en la Secretaría de la Presidencia. El licenciado López Mateos estaba al frente del país. Viajó mucho, el pueblo lo quería. Consiguió la sede de las Olimpiadas. El México de entonces era toda una promesa.

Tuve muchas amigas, empecé a ir a fiestas, se bailaba en las casas; ir a bailar al Riviera o al California no era de muchachas decentes. Íbamos a los cafés cantantes Psicosis, o El Coyote Flaco a escuchar conjuntos de rock en español. Los martes veíamos en televisión “Discos Orfeón”. Cantaban muchachitos casi niños, que formaban conjuntos de rock traducido al español: Los Rebeldes del Rock, Los Locos del Ritmo, Los Tin Tops y otros.

Mis tres hermanos chicos y yo nos divertíamos invitando niños a la casa, yo me ponía grasa negra en la cara y me tapaba de la cabeza a los pies con una sábana blanca. La tarea de Gerardo, Ángel y Armando era llevar a los niños hasta la recámara, donde había un fantasma bueno y simpático que se sentía muy solo. Cuando el niño entraba, el fantasma se volvía una fiera que le saltaba encima. Los niños salían despavoridos con rumbo desconocido. Las carcajadas nos daban dolor de estómago. Por las noches, contábamos historias de terror. Sabíamos muchas que nos habían contado la larga lista de muchachas de servicio que intentaron cuidarnos; decían que en su pueblo había víboras que tenían dos narices y gustaban de la leche materna. “¿De la leche qué?”, preguntábamos, no lo podíamos creer; emitían un silbidito y adormecían a la madre que estaba amamantando, se subían a ocupar el lugar del bebé y para que éste no llorara, metían la punta de su cola en la boquita del niño. Mientras ellas succionaban la leche materna, el bebé succionaba la cola de la víbora. También nos contaban que había una mujer bellísima, la Ixtabai, que seducía a los hombres que pernoctaban por la calle. Esos hombres no volvían a ser vistos nunca más por el pueblo. Además, hablaban de los muertos que regresaban a subirse en ellas, las muchachas, o a sentarse en sus camas. Decían que por sus pueblos pasaba la Llorona, el Hombre lobo, sombras y fantasmas. Los peores eran los demonios que venían por las noches a pellizcar a los niños groseros o merodeaban en forma de chivo o perro grande negro. El Coco era lo más eficaz para espantarnos, nunca supe qué era ni de dónde venía, ni mucho menos qué nos iba a hacer, ni para qué quería tanto niño.

Crecí rodeada de hombres: mis hermanos, sus amigos, los vecinos, mis primos, con ellos jugaba, a ellos cuidaba, con ellos platicaba, con ellos me peleaba, me parecían más simpáticos y predecibles que las mujeres. Mis padres nunca estaban, algunas veces me refugiaba en casa de los vecinos, ahí estaban mi amiga Reina, Carlitos su hermano, que después de la polio usaba muletas, y su mamá; me volví amena, hacía esfuerzos por ser agradable y simpática con tal de que me permitieran estar ahí, en medio de una familia, aunque no fuera la mía. Un mediodía que llegaba yo a visitar a Reina, me topé con un hombre que entregaba pan, lo que vi me dejó sin habla, regresé corriendo a mi casa sin-

tiendo que el corazón se me salía. Me tardé en estar segura de haber visto el sexo del tipo al aire. Me tragué el susto y el trauma, no supe a quién contárselo.

Una noche le llevaron serenata a Lolita mi vecina, eso fue suficiente para que me enamorara del muchacho que la llevó, yo quería una serenata igual. Cantaron los mariachis, Lolita se asomó a la ventana, los vecinos veían complacidos atisbando por sus persianas, y yo me llené de ilusiones y romanticismo, suspirando por ser yo en vez de Lolita la de la serenata. De ahí en adelante mi corazón pertenecía al que había llevado la serenata, era su primo, saberlo me animó más. Finalmente lo conocí, no era muy guapo pero sí muy galante, a mí me encantó aunque mis hermanos decían que por favor les avisara cuando fuera a visitarme; ellos querían estar preparados para no sufrir un ataque cardiaco porque era feísimo. Fue mi primera ilusión, se me salía el corazón sólo de oír su nombre. Era tal mi sobresalto, que la emoción me hacía aparecer como una adolescente tan huidiza y medrosa que me quedé sin serenata.

Los domingos de ese entonces pasaban por televisión el “Teatro Fantástico”, “Los cuentos de Cachirulo” y su chocolatote Express, esos programas nos volvían locos a mis hermanos y a mí; como seguíamos sin televisión íbamos a casa del vecino; afortunadamente el rigor de mi madre nos tenía muy educados: sonreíamos, saludábamos y nos manteníamos calladitos para no molestar.

Cuando salí del internado mis hermanos la habían pasado mal, parecía que por salvarme a mí de los peligros imaginados por mi madre, sacrificó a los más chicos. El descuido les afectó y más tarde me pude enterar de la gravedad del daño. Por lo pronto, procedí a entrar a trabajar y mi salario se sumó al de Irene y la farmacia. Convencí a mi madre para que vendiera un restaurante que mi padre, en un intento de dejarnos más protegidos, había comprado poco antes de morir, “tú nada más vas a supervisar”, le dijo a mi madre. La supervisión podía ser, desde ir al mercado, lavar trastes o servir mesas, hasta cualquier cosa que fuera necesaria cuando los empleados faltaban.

Mi madre regresó a hacerse cargo de la farmacia, que había quedado en manos del empleado, de toda la vida, de mi padre. Cándido era un

indígena recio, se puede decir que malencarado, además era taimado y galán disimulado; era del Estado de México y cada año íbamos a la fiesta de su pueblo. El santo patrono salía a pasear, lo llevaban en procesión. Visitaba las casas de los principales, a la de Cándido también iba, ya que él era químico empírico, encargado-responsable de una farmacia importante en la ciudad. Hacían cazuelas y cazuelas de comida, y la fiesta duraba una semana. Podíamos invitar a quien quisiéramos, ese día a Cándido se le quitaba la mala cara y, él y su familia, se desvivían por atendernos. El hijo de Cándido era joto, así les decían a los homosexuales entonces. Fue un golpe bajo que la vida le dio a Cándido pero lo llevaba con estoicismo, nunca estaba en el pueblo.

Fernando se enlistó en la Marina, siempre quiso irse; no llegó muy lejos, la disciplina y los trabajos del ejército de la Marina resultaron demasiado para el espíritu de mi hermano, y desertó. Este hecho marcó su vida pues al ser desertor, de ahí en adelante vivió sin papeles. Fue su manera de renunciar a una vida convencional.

Conforme fuimos creciendo mis hermanos y yo, el trato con mamá se transformaba y poco a poco los papeles se invertían, ella se volvía dócil y obediente y nosotros, en especial yo, terminábamos por tomar las riendas de la casa. A partir de entonces, yo decidía qué se hacía o dejaba de hacer. Hubo responsabilidades junto con los privilegios pero el cambio me encantó. Compramos televisión, odiaba tener que hacer méritos para que nos invitaran con el vecino.

Mi educación sexual fue nula. Nadie hablaba de esos temas indecentes: “Cuando se case sabrá de lo que se trata”, mientras tanto mi sexto sentido me decía: “¡Aguas!”, construí defensas del tamaño de la Catedral, disfracé mi miedo dándome aires de princesa; nadie merecía mis favores, eso me volvió popular y atractiva.

Poco antes de morir mi padre e irme al internado, apareció mi segunda ilusión cuando jugábamos encantados. Yo estaba en la base cuando se acercó con Tony, uno de los muchachitos de “todos contra mí”: “Dice éste que te presente”, dijo Tony. “Mucho gusto.” “¿Jugamos?” Era el que se acababa de cambiar a la casa de enfrente, donde hicieron arreglos y modificaciones. Cuando vimos a las hermanas que caminaban como si no se las mereciera ni el suelo que pisaban, les pusimos “las

presumidas”. El “Presumido” se incorporó al juego y quedó doblemente encantado. No me soltaba ni a sol ni a sombra. Vigilaba desde su ventana el momento propicio para verme, se quedaba hasta tarde frente a mi casa para ver si yo salía, me mandaba recados. Mi hermana abogaba por él pero yo estaba atrincherada en mi casa y no quería saber nada.

Durante mi estancia en el internado crecí, pasé de adolescente a mujer; entonces, a los quince años ya éramos mujeres, salí convertida en una sofisticada jovencita. El Presumido me volvió a ver y para qué les cuento. Si antes me asediaba, esta vez se volvió mi sombra, me hacía versos, me llevaba serenatas, casi se cortó las venas el día que cumplí dieciséis años y le prohibí ir a mi fiesta. Yo quería conocer más muchachos que bailaran, tuvieran amigos, un mundo más abierto. Ese día estuve platicando con un amigo de Fernando, nueve años mayor y estaba feliz conmigo. El Presumido me vigilaba desde su ventana, mis hermanos vigilaban al Presumido desde nuestras ventanas; cuando se descuidaba o tomaba algún descanso, yo salía corriendo sin que se diera cuenta.

Un 16 de septiembre conocí a un muchacho más presumido que el Presumido. Yo iba muy mexicana, con trenzas y rebozo. Se acercó Graciela: “¡Mi amigo quiere conocerte!” “Mucho gusto.” “¿Bailamos?” Supe después que me eligió como en escaparate; llegó a la fiesta, se acercó a Graciela, le preguntó: “¿Conoces a esa flaquita?” “Sí, pero es pesadísima”, le contestó “mi amiga”. “¡No le hace, tú preséntamela!”

¿Existirán los hilos invisibles de los que habla Jung y realmente “un encuentro casual es una cita”?

Del primero al último hubo un pintor, dos extranjeros, de Finlandia y Estados Unidos. El finlandés me propuso ir a vivir con él a su país; el gringo era cuarentón, se quería casar conmigo. Compañeros de trabajo, amigos, todos me parecían encantadores pero después del asedio del Presumido, yo no quería nada con nadie. Me gustaba ir a casa de mis amigas, tirarme en un sillón, oír música, a Ray Coniff, Fausto Pappeti, practicar zapateado, nuevos pasos de rock, platicar, soñar o dejar pasar las horas viendo los techos.

Empecé a aficionarme a la lectura, sabía de memoria el *Tenorio*, todos los poemas desde “Garrik”, “Manelic”, “La Chacha Micaila”, “Los

Motivos del Lobo” y cuantas había en *El Tesoro del Declamador*, hasta “El Arpa” que era un dramón que recitaba mi madre. Leí a Luis Spota, Mika Waltari, Stefan Zweig y otros.

Desde pequeña deseaba que apareciera un príncipe azul, que me amara sin condiciones, sólo por ser yo; que dejara de ser Don Juan, como el Tenorio por Doña Inés; que sólo de verme se le saliera el corazón. Antonio Plaza era el que mejor expresaba ese romanticismo en su poema:

Mujer preciosa para el bien nacida,
mujer preciosa por mí mal hallada...
Ámame tú también, seré tu esclavo,
tu pobre perro que por doquier te siga,
porque nací, mujer, para adorarte,
y la vida sin ti me es fastidiosa,
que mi único placer es contemplarte,
aunque tú halles mi pasión odiosa.

Yo que soy en amores inconstante
hoy me siento por ti capaz de todo,
por ti será mi corazón do imperas,
virtuoso, criminal, lo que tú quieras...

No me importa lo que eres, lo que has sido,
porque en vez de razón para juzgarte,
yo sólo tengo de ternura henchido
gigante corazón para adorarte.

En la fiesta del escaparate, encontré a mi príncipe, a todo decía sí, trabajaba y estudiaba, siempre estaba contento, los obstáculos para él no existían; si algo hacía falta, él lo conseguía, amaba a mis hermanitos, y yo le parecía perfecta; no tenía telarañas en la cabeza, no era borracho, parrandero ni jugador, su familia era estructurada y decente, y venía a “hacer la América” en la capital, con el mismo espíritu con que los hombres renacentistas la conquistaron.

SEGUNDA PARTE

Me casé en la parroquia de Coyoacán, cumpliendo con todos los cánones y las expectativas de mi madre. Fernando me entregó, se mandó a hacer para mí, el único traje que tuvo en su vida. La parroquia estaba llena de gente, luz, flores. El vestido de novia de mi abuelita se lo llevó la Revolución, el de Irene era de una prima, así que diseñé el mío; era de raso con aplicaciones bordadas en chaquira blanca; la cola salía desde los hombros; el velo larguísimo arrastraba; mi peinado era altísimo; mis tacones de aguja también. Lo único que me hizo falta fue mi padre.

De la noche de bodas no quiero hablar, todos los hombres de mi generación tenían muy poca experiencia y ninguna teoría. Las mujeres ni siquiera podíamos hablar de experiencia o de teoría, coincidíamos en que la luna de miel confirmaba nuestro buen juicio cuando preferíamos bailar, ir a los cafés o mirar los techos.

Fuimos a Acapulco: yate Fiesta, Hotel Caleta, Pie de la Cuesta, La Quebrada, el clavado, los niños: “¿Cuánto me da porque le mueva la panza?”; las almejas vivas, el tener a mi lado a alguien que de verdad me amaba, la certeza de haber dado un paso importante, parafraseando a Nietzsche, al decirle sí a la vida venga como venga.

En vez de castillo en la montaña, mi príncipe me llevó a vivir a Tlatelolco, eran departamentos nuevos que se podían pagar como ren-

ta. Trabajaba en el Banco de México, mi esposo en un despacho de auditores y nos alcanzaba para vivir. Avisé en mi trabajo que me casaba, también que si no funcionaba me divorciaría de inmediato. Al mes de casada me embaracé; no sabía nada de maternidad, sin embargo fui pasando lo que hay que pasar para ser madre. El primer año de reglas y adaptaciones discutíamos diario. Mi príncipe azul se volvió sapo verde. En cuanto nazca mi bebé me divorcio, pensé. Nació mi bebé y la cordura, la madurez, el espíritu templado valieron nada. Todo mi esquema se trastocó, mi bebé era lo único que importaba en el mundo y todo tenía que girar alrededor de él. Quedó muy claro que si su padre no pensaba de igual manera, tendría que buscarse otra esposa y otro bebé. Como él pensó igual, se acordó que era príncipe azul, y empezamos a escribir un cuento de hadas. Yo veía a través de los ojos del bebé, mi esposo veía a través de mis ojos, y todos tan contentos.

Di rienda suelta a mi creatividad para educar a mi hijo. Confeccioné el moisés, bordé sus camiseta, dobladillé sus mantillas, hice sus pañales (no había desechables), sus colchitas, sus sarapes; la habitación quedó irreconocible. Cuando una se vuelve dos, el espíritu sufre una metamorfosis, el alma se nos ensancha, el mundo se torna hospitalario y acogedor; nuestra realidad ya no vuelve a ser la de antes. En ninguna otra etapa de la vida ocurre semejante transformación.

La primera vez que contemplé a mi hijo, supe lo que es una experiencia de integración, sus ojitos brillantes, como dos luceros, parecían verme también. El tiempo y el espacio desaparecieron hasta que llegó una enfermera por él. En el sanatorio creen que los bebés son suyos.

Mi hijo nació a las cuatro de la mañana. Los hot cakes con miel Karo que nos daban para el desayuno, eran una delicia. Vinieron las monjas a preguntar si me quería confesar. “Sí claro”, respondí. Al rato entró un sacerdote muy afable, mi experiencia en los confesionarios hizo que todo saliera bien hasta que externé mi preocupación de volverme a embarazar saliendito del hospital. El sacerdote perdió la afabilidad y proliferó acerca de las condenaciones a que me hacía merecedora si interfería en los designios divinos. “¿Es designio divino que yo tenga veinte hijos?”, me atreví a preguntar. “¡Los que Dios te mande!”, fue su respuesta. En ese momento recordé mi primera comunión, mis intentos para con-

servarme en estado de gracia, los viacrucis, los rosarios que rezábamos mis hermanos y yo, hincados con los brazos en cruz, como me habían enseñando las monjas. Mis méritos por llevar a mi novio a misa los domingos y fiestas de guardar. Esos días me convertía en Speedi González: tempranito limpiaba mi casa, me arreglaba, iba al mercado, guisaba y a las doce del día estaba lista para la misa. Todo inútil, de todos modos nunca me quitaba las culpas de encima. El éxito de una religión culpígena es que jamás se hará lo suficiente, de todos modos quedaremos como “el cuetero”. Ese día rompí con la Santa Madre Iglesia Católica y el pecado original; expulsé esas culpas de mi vida y me acogí a la modernidad.

La píldora. Simone de Beauvoir en su libro *El Segundo Sexo*, señala claramente que antes de la píldora, la maternidad era tan invasiva que volvía a las mujeres esclavas de sus hijos; que una mujer con vida sexual activa, en los treinta años o más, que dura su periodo fértil, puede llegar a tener un hijo por año. Después de la píldora, las cosas cambiaron. Encontrarla me valió responsabilizarme de mi maternidad y tener los hijos que decidí tener.

Nos cambiamos de casa. El prelude trajo a una jovencita que sería la nana de mis hijos, me ayudaría con el arduo trabajo de formar seres humanos desde sus inicios. Como madre, hada y bruja aprendí a conseguir lo que era mejor para mi hijo. Lo mejor para un hijo único era otro hijo.

Ya para entonces había estudiado inglés en el Instituto de Relaciones Culturales: *the best place to learn english*, no aprendí. Curso de personalidad, en Devissy; no incrementé mi personalidad pero salí con un estuche de belleza de luces y sombras que en adelante me haría lucir bellísima. Curso de orientación maternal, justo lo que yo necesitaba. Conocí a Freud “infancia es destino”, “lo que no se repara se repite”, ¡ah caray!, saqué las antenas y ya no me paró nadie; de ahí a filosofía, Aristóteles y yo éramos uno mismo; clubes de lecturas, Mointaigne, Flaubert, Woolf, etcétera. Mi trabajo diario era hacer las cosas bien.

En medio de esta efervescencia intelectual nació mi segundo hijo; el doctor Solórzano, mi ginecólogo, no quiso madrugar y me dejó en manos de su practicante. Se usaba que diéramos a luz bajo los efectos del “pentotal”, una semianestesia que a mí sólo me nublabla la conciencia.

Sin saber qué me estaba sucediendo, me portaba como torturada por la Santa Inquisición, gritaba, insultaba, no cooperaba y el parto se complicaba al máximo, cosas de la ciencia, creo que para hacer efectivo el mito de “parirás con dolor”; además en la dulce espera, le entré duro a las conchas y subí 17 kilos. Lo primero que hice fue cambiar de ginecólogo. Mi flaquito nació más agotado que su hermano. Era un bebé tranquilo y reposado que hacía lo que le daba la gana, nació a los nueve meses y medio y “de ahí pa’l real”, como decía mi abuelita. Había entonces la antítesis de La liga de la leche: “¡Hay que darle al bebé leche de vaca, es más nutritiva y mejor!”. Aristóteles y la lógica no me sirvieron para deducir que mi bebé no era becerro. Se crió con leche de vaca, por ahí de los setenta la ciencia recapacitó y dijo: “¡Ay perdón!, nunca la vaca suplirá a la madre”.

Mis hijos crecieron como dos pollitos correteando juntos; los cuidaba, los bañaba, les platicaba, les preguntaba. Si es verdad que con cada nuevo conocimiento el cerebro hace una nueva conexión, me volví sabia por la cantidad de cosas que aprendí.

Si les escogía un colegio rígido, yo me volvería blanda, y viceversa; visité muchos, del Colegio Alemán, salí corriendo.

Los inscribí en un colegio activo que estaba al otro lado de la ciudad; el Bartolomé de Cossío, el director era un español exiliado, enamorado de su profesión. Alguna vez escribí que personas como José Tapia, vuelven el mundo más habitable con el simple hecho de existir. Se trataba de formar niños felices y responsables; se les escuchaba aunque fueran muy chiquitos, su opinión era tomada en cuenta. No había calificaciones, y en vez de tareas, los motivaban para que llegaran a investigar; la casa se llenó de enciclopedias. Cuando Edgardito tenía cinco años, yo estaba esperando a su hermanita. Como él “ya sabía todo sobre la procreación”, dio una conferencia a sus compañeros; llevó láminas y una cantidad de información que hasta entonces yo me enteré, entre otras cosas, qué función desempeñaba la próstata. El tema de la sexualidad dejó de ser tabú en mi vida al educar a mis hijos.

Se turnaban la cooperativa, componían sus propias melodías; el día de la madre y el día del padre, elaboraban e imprimían un librito con pensamientos propios y palabras que quisieran decirle a sus padres; tuvie-

ra o no que ver con la ocasión. Ése era el regalo que nos llevábamos, un librito hecho por los niños con treinta pensamientos para cada padre. Esto lograba la magia de tener treinta hijos ese día. No voy a enumerar aquí todas las bondades de la escuela, porque escribiría otro libro.

Las tardes las aprovechábamos para aprender música, “con que aprendan a tocar para poder expresarse, cuando no puedan hacerlo de otra manera”, les decía. Aprendieron a nadar; aquí pido perdón a mis hijos porque los llevé con un profesor alemán que los echaba al agua sin salvavidas, hasta que aprendieran. Cuando me di cuenta que disfrazaba su xenofobia con esa innovadora técnica, los saqué... ya sabían nadar. Los deportes formaban parte de su vida, fútbol, basquetbol; entraron al karate pero a las primeras patadas, decidieron que eso no era lo suyo. Cuando se inauguró el Club Britania, entraron al tenis. Íbamos al circo, al parque, a Temixco los fines de semana, a “las temporadas” en Chuburná.

Mi hija dice que las horas más felices y libres las pasaron ahí. El color del mar es turquesa, el agua permite ver los peces que pasan por nuestros pies, su temperatura no baja de 30°C; el mar abierto parece un gigantesco lago. Los niños pueden deambular todo el día sin ser, ya no digamos molestados, ni siquiera vistos por sus papás. Juegan y vagabundean por la playa, el pueblo, en la feria, o todos juntos metidos en alguna de las casas vecinas. Cantaban, bailaban, flirteaban. Terminaban negros como africanos, con los pies heridos; la cantidad de nuevas groserías y albures que aprendían, los ponían en práctica regresando, como mercancía de importación. Iban de pesca con su papá y cualquier cantidad de niños agregados, había premio para el pez, más lo que fuera: grande, flaco, gordo, chico, hasta ausencia de pez. Las familias pasaban ahí los dos meses, yo me la pasaba en unos chismes buenérrimos de toda la población, los conociera o no, aprendí a tomar cerveza con las “chupopótamas”, así llamaba mi cuñado a las señoras que veraneábamos en Chuburná, y por supuesto unas picardías mejores que las que aprendían mis hijos.

La adoración de Azul, eran sus hermanos, no había en el mundo niños más sabios, sanos, simpáticos, seguros, con agilidad física y mental, protectores, valientes y todo lo que se le ocurría de sus hermanos.

Edgardo decía: “Por supuesto, soy eso y más”. Era el que más pesadeces le hacía: la espantaba, le ponía metas; en juegos electrónicos, piezas en el piano, luchas con los Pitufos; obstáculos insalvables; le alquilaba sus amuletos para exámenes difícilísimos; no la dejaba ver sus tesoros. El pago por algún privilegio o favor especial, era volverse su esclava por una semana. Por más que yo le decía: “Hija, ya no le dirijas la palabra, déjale de hablar una semana y verás cómo se calma”, era inútil, Edi era su ídolo y lo que más amaba ella en la vida.

Tenían mascota, racionados los programas de televisión, viernes sociales, discos y cuentos de Cri-Crí, y a papá y mamá a su disposición. Por las mañanas yo estudiaba Arte y Desarrollo Humano. Cuando me di cuenta estaba por cumplir treinta años “después de los treinta tus hijos te salen mongoles”, era la consigna de la época. Decidí no seguir esperando a que apareciera la “técnica infalible” para escoger el sexo de nuestros hijos, hice unos pases mágicos y fue niña. Ahora sí no me pescarían baboseando; mi parto fue psicoprofiláctico, me di la oportunidad de participar en la tarea de dar a luz, me preparé, subí de peso lo indispensable y todo fue un éxito. Mi bebé era hija única doblemente; sus hermanos tenían seis y ocho años, así que se sentían sus papás y tres mamás: yo, su nana que ya tenía experiencia, y su abue. Cuando mi hija tenía siete meses mi hermano Ángel se perdió en el mar. Mi madre se refugió con nosotros y mi bebé era como un bálsamo para ella.

Ángel estaba confundido, se había ido a provincia para recapacitar, dejó los estudios y se fue. Estaba muy lastimado y no me di cuenta.

La carta llegó como habían estado llegando cada tres semanas desde hacía un año; la abrí, estaba escrita con la mano izquierda porque alguien le dijo que así era más fácil hablar de cosas difíciles. Empecé a leer, a través de sus líneas vi a mi hermano en la casa de mis padres, dieciocho años atrás. Estaba platicando con un muchacho que se movía con cierta dificultad y su hablar desarticulado evidenciaba un retraso mental. Era gordo y repulsivo, su mirada lasciva estaba fija en ese niño de siete años que era mi hermano.

Ángel siempre fue inquieto, vital, curioso, pero en esa ocasión su inquietud lo llevó demasiado lejos. Lloró mucho, luchó para defender-

se, gritó, pataleó, como pataleaba cuando salíamos todos tras él; se echaba a correr a la calle y había que salir para atraparlo y traerlo de regreso; cosa difícil porque se defendía, por muchos que fuéramos, como fiera para no ser sometido.

Finalmente quedó agotado, lastimado, tirado en el piso sin saber bien qué le había pasado. Mi madre llegó a la casa poco después de lo sucedido y Ángel me aseguraba que ni lo defendió ni le preguntó qué había pasado, ni por qué estaba en esas condiciones. Esto aumentó su confusión y su dolor, se sintió desamparado y pensó que a mi madre no le importaba ni él ni lo que pudiera sucederle.

Yo leía atónita aquello y poco a poco me daba cuenta de que se trataba de una confesión, una confesión que me tomó por sorpresa y no sabía qué hacer con ella. Volví a la lectura, lo que seguía eran más revelaciones como vómitos. Que si se juntó con un grupo de niños callejeros, que no tardó en probar droga, que si siguió incursionando en diferentes experiencias sexuales, que si hasta con animales, que si quedó muy dañando, triste y culpable, que si al entrar a la adolescencia paró toda actividad sexual.

Cuán diferente era ese ser del que yo había conocido y amaba tanto, cuán ciegos nos mantuvimos los que lo rodeábamos entonces. Esos largos ratos que nadie sabía de él y que yo lo imaginaba trepado en los árboles bajando nidos, o corriendo en el llano de girasoles atrapando avispas; cuán lejos estaba de imaginar lo que realmente le sucedía. Sus silencios, cuando volvía, eran tomados por rebeldía, sus malos humores por berrinches infantiles.

Continuaba diciendo que a partir de su primera novia, él pensó que todo aquello había quedado atrás, sin embargo, no pudo dejar la droga y por eso decidió irse a la costa, para alejarse de la ciudad y sus recuerdos.

Por un tiempo logró ser “normal”, pero últimamente las experiencias de niño lo asaltaban en forma de demonios; lo perseguían por doquier y él trataba de exorcizarlos volviéndose a Dios, con toda la fe que pudo encontrar en el fondo de su espíritu. Aun así tenía miedo y por eso me escribía. Me pedía además que enseñara esa confesión a mi madre y mis hermanos.

Doblé la carta y decidí, como la madre de Kafka, cuando éste le entregó la *Carta al Padre* para que se la hiciera llegar, que esa carta jamás sería entregada.

Ni me comuniqué de inmediato, ni tomé un avión para ir a verlo, en vez de ello, escribí una larga carta que contenía toda mi buena intención de calmarlo. Toda mi sabiduría para aconsejarlo, todos mis conocimientos para decirle que no se precipitara; que había tiempo para arreglarlo todo y si aquello estaba en el pasado, ahí debía quedar. También le dije que nacemos inacabados, y mientras vivimos debemos seguir el cumplimiento de nosotros mismos.

Usé mi elocuencia y el conocimiento que tenía de su alma. Le dije que pusiera los ojos en el futuro, apelé a su valor. No tenía caso lastimarse mostrándose como lo estaba haciendo, que los humanos siempre tenemos otra oportunidad.

Conforme escribía me iba tranquilizando y mi ánimo se sosegaba. Eché la carta al buzón, segura de su contenido y efecto.

Pocos días después me hablaron por teléfono para avisarme que mi hermano se echó al mar y no salió nunca más.

No sé bien cuál fue mi error, ¡sé que lo hubo! Cuando llegué a la casa de huéspedes donde Ángel se hospedaba, me di cuenta que no recibió mi carta, que su desaparición fue violenta e inesperada.

Contratamos a Valente Quintana para que lo buscara, no era posible que el mar no echara sus restos, probablemente estaba vivo. Esperaríamos noticias. Mientras tanto, regresé a México, me traje a mi madre que insistió en ir. A la fecha ignora el paradero de su hijo y el contenido de esa carta.

Era la segunda vez que la muerte me visitaba para arrancarme prematuramente a mis seres amados. Otra vez el abandono, otra vez el luto, otra vez mi alma destrozada.

Mi hija nació en medio de congresos y mesas redondas, estudios y actividades. Me asocié con gente del Museo de Antropología e Historia; formamos la asociación Profesionales en Turismo. Yo era una madre más madura y consciente, su padre era tierno y apapachador. A los dos años, no contenta con hablar como perico, quiso aprender a leer; hace

veintitrés años no había “estimulación temprana”, pero como si la hubiera, entre ella y mi madre, que era experta con el método onomatopéyico, lograron lectura automática. Mi capacidad de asombro se ejercitaba con ella, era dulce, intensa y tan sentimental que mi aristotélica manera de tratar a mis hijos se fue al hoyo. Lloraba todo un día si le hablaba fuerte; tuve que buscar dentro de mí la suavidad para tratarla.

Con Alberto, mi primer hijo, aprendí a ser madre, el segundo me demandó un trato amoroso y la tercera me volvió tierna y cuidadosa.

Mi hijo mayor llenó todas mis expectativas, al año hablaba de todo y en orden; se aprendió las marcas de cuanto coche circulaba entonces; cuando entró a la escuela se hizo de amigos; preparaba sus conferencias en una tarde y sin ayuda; se organizaba con su hermanito y entre los dos nos cantaban melodías improvisadas por ellos. Los días que cumplíamos años era una delicia verlos entrar a la habitación con tamborcitos, panderos y guitarritas de las de Michoacán, cantando para nosotros. Nos deshacíamos en aplausos y ovaciones su papá y yo; se aprendía las clases de piano a la primera; en el deporte que emprendiera, tenía estatura, constitución y habilidades para destacar. En el colegio era líder; era paciente y cariñoso con sus hermanos. Invitaba a su casa a “perico de los palotes”, decía mi abuelita; hasta al carpintero le decía que si gustaba quedarse a comer con nosotros. Me dolía tener que decirle que en la vida tenemos que seleccionar, para él era tan sujeto a disfrutar de su casa el albañil como el hermano de su mamá. Confieso que se me salía de las manos poder tratarlo y encauzarlo, me rebasaba su vitalidad y espíritu. Como la mayoría de los primogénitos, son príncipes herederos de todos los privilegios pero también de todas las cargas, del amor desmedido y de la desmedida inexperiencia de sus padres.

La casa era grande y cómoda, mi hijo se paseaba en un carrito que empujaba con los pies y dirigía con un volante que accionaba con la pericia de Ricardo Rodríguez, esquivando muebles, sillones, jugueteros e invitados.

La nana. Pedí ayuda a mi suegra para que me enviara alguna muchacha, que estuviera por los menos un año conmigo; mandé el pasaje y me llegó a vuelta de ADO una muchachita bajita, muy sonriente, que hizo click de inmediato conmigo. Con el tiempo aprendió a leerme el pensa-

miento. Las horas que pasábamos juntas, las aprovechaba practicando mis dotes de instructora, orientadora y maestra. En un tiempo razonable, ya era admiradora de la música de Ray Coniff, Elvis Presley y las instrumentales de siempre de radio 6.20. Se reía a carcajadas con los comics de Snoopy y veía a Jodorowsky. El día que invitó a su pretendiente, el cartero, a ver *El Topo*, éste no volvió a insistir en el cortejo. Tenía instrucciones precisas que cumplía al pie de la letra.

Por las noches leía para mis hijos enciclopedias infantiles, vidas de animales, ciencia ficción, Julio Verne, Emilio Salgari. También les cantaba dulces melodías, su voz era suave y entonada. Los bebés eran su debilidad pero los posibles candidatos para pedir su mano duraban poco. Como el tiempo pasaba, un buen día, pensando hacerle un servicio, la animé a pensar en encargar un bebé así nada más, total, no sería la primera y tampoco se quedaría con las ganas. Sin inmutarse me contestó que ella no quería ser como sus hermanas, tenían hijos y los iban a depositar al pueblo, entonces para qué los tenían. Ella pensaba que un padre era indispensable y no iba a traer un hijo al mundo sin un hogar para recibirlo. Sentí que era yo una “encaminadora”, sin moral ni responsabilidad alguna y también, que se me había pasado la mano en las lecciones previas que le impartía.

Un año que regresaba del pueblo, llegó con un hombre que trabajaba en la farmacia de Muna, venía a pedir su mano. Mi esposo y yo, después de las preguntas obligadas: dónde trabaja, cómo y dónde pensaban vivir, si estaban seguros del paso que iban a dar, etcétera, le concedimos la mano de nuestra nana, que permaneció en absoluto silencio. Él se fue prometiendo volver y nos quedamos muy contentos. Esperamos, esperamos, y el de la farmacia decidió no contraer nupcias sin decir qué fue lo que lo desanimó. Éste fue un golpe duro para nuestra nana. No volvió a ocuparse de los hombres.

Pasaron los años, mis hijos crecieron, se sintió muy sola y decidió retomar aquella vieja propuesta que una vez le hice, de tener un hijo “así nada más”. Yo ya daba eso por descontado y ella tenía suficiente edad como para tener problemas. Un buen día me comunicó su embarazo y su decisión de tenerlo, así que tragué saliva, la mandé a Perinatología y ahí se hicieron cargo. Tuvo una niña preciosa, Edgardo fue su padrino;

su vida se tiñó de calor y alegría, y mi familia quedó encantada de tener una bebé nueva.

Mi segundo hijo, al mes de nacido empezó con catarros y bronquitis. Se la pasó guardado los primeros años de su vida. Era tanta su tos por las noches, que durante el día había que cargarlo para que pudiera dormir, pues acostado no dejaba de toser. La alopatía lo empeoró y me decidí por los remedios caseros. Azúcar cande serenada, camisetas de seda rojas forradas con franela, frotarlo con bálsamos que preparaban las abuelas, que no le diera el aire y finalmente se curó con las grandes dosis del amor que se nos ensanchó en el pecho por ese tierno niño lleno de luz.

Ya curado, salió a perseguir a su hermano, le encantaba medirse con él, llamar su atención y competir por el amor de su padre. El Colegio Bartolomé potencializó sus facultades, le gustaban los juegos, las niñas y se llevaba con todos; con el tiempo, Edgardo era el gran conciliador. La tenacidad era su virtud, él insistía y volvía a insistir hasta que lograba lo que se había propuesto. Con él aprendí que la constancia suple casi todo. Hay un proverbio español que dice: “Nada en el mundo puede sustituir la perseverancia. El talento no puede, nada es más común que hombres con talento, fracasados. La genialidad tampoco, es casi un proverbio el citar genios que no han conseguido nada. La educación tampoco, el mundo está lleno de personas educadas insensibles. La perseverancia y la determinación son por sí solas omnipotentes”. Supongo que ese costo adicional templó a Edi de tal manera que ya para preparatoria sus compañeros no daban paso sin consultárselo.

Azul, mi hija, fue un regalo a mi femineidad, podía ver claramente lo que me pasaba por dentro, se solidarizaba conmigo, sus observaciones no dejaban de sorprenderme. Cuando “todos íbamos, ella venía”, su intuición funcionaba al cien. Para ella fue difícil tomar su lugar en la familia, era “la chiquita” que a veces equivale a mucho amor, muchos cuidados pero sin derecho a emitir su opinión. Tuvo que luchar duro y soportar las pesadeces de sus hermanos, que no eran pocas, y las negligencias de sus padres; hasta lograr ser tomada en cuenta por todos. El Colegio San Ángel Inn fue la alternativa para mi hija, era como un feudo inglés en medio del D.F. Había monarcas (los dueños), príncipes (sus

hijos), y súbditos (los alumnos y por extensión sus padres); excelente inglés, educación personalizada, mixto, laico, sin uniforme, requisitos para mí indispensables. Ahí deposité a mi hija. Se las arregló para estar feliz. Cuando salió de primaria, siendo nosotros laicos y libre pensadores, ella decidió estudiar con los legionarios de Cristo. Siendo nosotros protectores y conservadores, decidió ir de fin de cursos a Ixtapa y más tarde de mochila a Europa. “Que lo hicieran sus hermanos estuvo bien”, decía su papá, pero que nuestra hija se fuera, nos obligó a ver que Azul pertenecía a esa nueva generación de igualdad y emergencia de lo femenino, que estaba al margen de nuestras preferencias.

La trayectoria profesional de Alberto padre fue cosechando éxitos, su despacho se convirtió en vanguardia entre los auditores y administradores. Nuestro nivel socioeconómico mejoró. Pudimos darles excelentes colegios y universidades a nuestros hijos, mandarlos de viaje; si lo deseaban tenían acceso a la élite intelectual y social del país.

Alberto estaba tan ocupado “haciendo la América” que, entre semana, casi no lo veíamos. Tempranito daba clases, después trabajaba y en la noche volvía a dar clases. Cada que detectaba fraudes en las empresas en las que laboraba, tenía que salir de ahí de inmediato. Los fraudes aparecían en los altos mandos y como a los altos mandos no les gusta que descubran sus fraudes, Alberto cambiaba de empresa, así fue mejorando su olfato de auditor y escalando jerarquías.

Mis hijos crecían, mi esposo arribaba, todo iba viento en popa.

Cada cumpleaños aparecían los pasteles con reminiscencias de las figuritas de la tía Meche, no eran las mismas pero, averigüé dónde aprendió y, aunque nunca como las de ella, conseguí figuras similares, no sé si para mis hijos eran importantes, pero la fiesta estaba completa con esas figuritas. También había payasos, magos, figuras de cartón que nosotras hacíamos para dulces y chocolates. Yo era feliz vistiendo igual a mis dos hijos, un día pidieron hablar conmigo. Siempre me daba tiempo para escucharlos.

—Mamá, estamos hartos de vestirnos iguales.

—¿Qué, qué?, pero si se ven preciosos.

—No queremos.

—Bueno, está bien, se ponen de acuerdo y se turnan la ropa cada día para que no sea la misma.

—¡No!

—Pero ¿voy a tirar la ropa tan bonita que les he comprado?

—Mamá, nos dices que somos diferentes, que cada quien escoja sus propios juguetes; que aquí no se trata de “lo que hace la mano, hace la tras”, que cuidado y nos guste la misma niña cuando seamos grandes...

No se dijo más, tuve que renovarles su guardarropa. Siempre que pasaba algo así, me surgía la duda acerca de la educación que les estaba dando, parecían abogados. Pero mis dudas se disipaban al responderme que volvería a escoger lo mismo si se me diera otra oportunidad.

Como todo crecía, nosotros, nuestros hijos, yo habilité mi capacidad de hacer muchas cosas a la vez. Intercalaba mis estudios con la formación de mis hijos, era amante esposa, me mantenía delgada y radiante, socializaba con mis amigas, con los amigos mutuos, con los amigos de nuestros amigos, atendía casas cada vez más grandes y bellas; viajaba, a veces con mi esposo, a veces sin él. Mi vocación se consolidó y puse un consultorio como psicoanalista, daba clases, hacía talleres, escribí un libro: *Crecimiento a partir de la crisis*; su contenido marca una etapa en mi trayectoria de crecimiento, una época de logros y aciertos. Mi familia me apoyó muchísimo y estábamos felices. A la presentación asistieron mis seres queridos, con ésta se inauguró una de las librerías de más éxito en México; mis maestros eméritos más queridos, presentaron mi libro. Si enumero todas las bondades que la vida me daba, páginas me faltarían, definitivamente, la vida me sonreía. Había trabajado duro para tener lo que tenía, primero sola y luego acompañada; nadie nos regaló nada a mi esposo y a mí; yo estaba justo donde tenía que estar. Esa satisfacción y la sensación de que podemos lograr lo que nos proponemos, nos hace sentir omnipotentes, pareciera que las adversidades no cuentan cuando estamos decididos y accionamos el botón de la voluntad.

Mis hijos aprendieron idiomas, computación, finanzas, administración, Alberto y Edgardo se volvieron empresarios y entraron a trabajar con su papá. En un abrir y cerrar de ojos se hicieron hombres. Mi hija definió su vocación: pintaba, escribía, tocaba el piano, cantaba; su creatividad se

ponía de manifiesto en todo lo que intentaba. “Quiero hacer cine”, nos dijo. Nos quedamos mudos. “La decisión está tomada”, eso dijo.

Nuestra felicidad aumentó cuando mi hijo Edi se titulaba en el ITAM. Cada evento especial, cada logro o etapa en la vida de mis hijos les escribía una carta, escribí muchas; la que le entregué ese día a mi hijo, el destino quiso que regresara a mis manos y ahora la transcribo.

Querido Hijo:

Van varias veces que el tiempo me toma por sorpresa. Pienso que pasa mucho más lento de lo que realmente pasa, sé que el hablar de tiempo es hablar de vida y al pensar en ello me queda la sensación de que no gozo al máximo; no agoto realmente los momentos significativos para mí, en lo que se refiere a mis tres hijos.

Cuando niños me quedó la impresión de que pude disfrutarlos más, en vez de estar tan preocupada educándolos; de jugar más y relajarme, al lado de ustedes.

La adolescencia tuya y de tu hermano me cayó de peso, en el sentido de que no la vi venir, sobre todo cuando se empezaron a desenvolver solos y manejarse por su cuenta. Sufrí, no porque lo hicieran, pues es lo normal, sino que no lo esperaba tan pronto. De pasearlos en la cajuela del V.W. para todos lados o en los carritos del supermercado; a los dos en un solo carrito, y sentirlos tan cercanos, tan tiernos y necesitados de mí, a ese primer viaje que hicimos a Morelia, Azul, papá y yo un fin de año sin ustedes, sentí que el tiempo se había ido como un suspiro. Definitivamente no estaba preparada para ello.

Y no aprendo, ahora que estás a punto de recibir tu título, pensé que faltaba más tiempo o más de ese vivir contigo tu vida de estudiante; esa alegría y despreocupación por la vida que conserva a un estudiante. Me quedo con la impresión de que duraría más tu tiempo de universitario, pero no es así.

Y aunque estoy encantada, orgullosa y presumida por ti, me dan ganas de llorar, por no prestar la suficiente atención todos los días, a la vida que me pasa frente a los ojos, de no haber disfrutado más contigo estos cuatro y medio años que se me fueron como agua entre las manos.

En mi temor de estar "demasiado presente", a veces he estado ausente en la vida de mis hijos.

Quizá sea sólo mi percepción, quizá así es el tiempo y así la vida, pero si existiera un "eterno retorno", creo que los disfrutaría mucho más en la siguiente vuelta. Pero como estoy aquí y ahora, en vez de lamentarme por lo que no he hecho, me dedicaré a disfrutar lo que estamos viviendo ahora.

Hasta tu silencio y la tensión de antes del examen, hablan de la intensidad de tu vida; quiero decirte que estuviste perfecto en tu examen y, perfecto es para mí como estuviste, las alturas académicas, con menciones y medallas, siempre me han resultado muy sospechosas.

Demostraste ser un estudiante vital en primera instancia, seguro y bien preparado, tomando con seriedad lo que haces. Con un caso práctico, limpio y resuelto a conciencia y con responsabilidad; con una trayectoria estupenda a lo largo de la carrera. En fin, todo lo que yo esperaba y más.

Siento alegría por dentro, por ti principalmente, que para mí es una nueva forma de estar contenta, doblemente contenta porque esta vez el logro es más tuyo que de nadie. Cuando me alegro por otra gente, mi alegría es más ajena que mía, pero si me alegro por ti, mi alegría es doble porque es también mía. Creo que esto tiene que ver con algún instinto cumplido. Se me ocurre por ejemplo, que somos como las águilas que vienen a la araucaria: primero alimenta y cuida a sus hijos, está contenta de verlos crecer, ¡ah!, pero cuando vuelan por primera vez solos fuera del nido, creo que el águila siente ese doble contento, por ella y por su hijo; de eso te hablo.

Y Edi, aunque las palabras siempre alcanzan, esta vez a mí no me dan para decirte todas las cosas que siento dentro de mí, así que sólo quiero que te sigas sintiendo como te sientes ahora y que en lo futuro depures aún más tu estilo de estudio y de vida, para que te siga saliendo el temple que has demostrado tener. Dice un dicho español que "de casta le viene al galgo", la combinación genética de nuestros ancestros dio por esta vez, a un ser singular llamado Edgardo.

Te quiero de ida y vuelta. Mamá

Guardo una foto de ese día, donde están abrazados mis dos hijos, se parecen tanto, el mismo pelo castaño, la misma mirada, la misma sonrisa limpia, la misma alegría compartida. Hermanos, socios, confidentes, contrincantes, amigos. Eran un frente común en la vida.

Su padre estaba embelesado y orgulloso de nuestros hijos y les dejó hacer, en una actitud de abdicar a favor de su precoz y temeraria descendencia. La abuela paterna de Alberto era pariente cercana de Carrillo Puerto, así que aguerrido sí era. Doña Felipa Carrillo Méndez, fue también prima y hermana de leche de Ricardo López Méndez, autor de “México creo en ti” así que poeta, también era. El padre de Alberto era presidente vitalicio de la asociación Ricardo Palmerín así que bohemio, era. Su abuela materna tuvo diecisiete hijos, la más chica fue la madre de Alberto. Todos sus hermanos vinieron a “hacer la América” en la capital, abogados todos de renombre, ministros de la Suprema Corte de Justicia, maestros eméritos de la UNAM, prolíficos en materia de leyes inclusive el amparo, así que nuestros hijos, aunque sólo vieran el lado paterno, tenían “tela de donde cortar”.

Si practiqué estar en todo a la vez, alguna época de mi vida, Edi me superaba con creces. Se hizo cargo de todo, nos decía que era tiempo de disfrutar de la vida, que nos lo habíamos ganado; que viajáramos con tranquilidad, que ellos se harían cargo de todo. Se volvió la estrella, la vanguardia, le gustaba ser el número uno en todo.

Tanto Alberto como Edgardo y después Azul entablaron relaciones largas con sus parejas. Sus amigos empezaron a tomar, fumar, parrandear, Alberto decidió que eso no era para él, los otros dos siguieron su ejemplo; se consiguió una novia y se la pasaba con ella, mientras los demás le “daban vuelo a la hilacha”, lo de hilacha, en el doble sentido, como decía mi abuelita. Los muchachos que salían del Colegio Bartolomé, con frecuencia se sentían desadaptados, el mundo es hostil con quien pretende ser auténtico.

Cuando empezaron a aparecer las muchachas y me di cuenta de que tenían poca información y demasiados atrevimientos, hice junta con mis hijos y les dije que creía que se me había pasado la mano con la educación sexual tan abierta que les di. Yo imaginaba que para cuando ellos

crecieran, las cosas en México, iban a estar como estaban en Suecia en aquel entonces, en lo que se refiere a erotismo. Como estábamos a años luz de eso, les pedí que por favor: a las niñas no se les tocaba “ni con el pétalo de una rosa”, aunque ellas insistieran. Los privilegios del mundo masculino tenían sus limitaciones y si algo pasaba, ellos eran los absolutos responsables, las mujeres no contábamos. Por supuesto que no me han de haber hecho el menor caso pero, ni ellas ni ellos tuvieron ningún problema.

Pasaron los años, las novias, los novios y a la edad de veintiocho años, Edgardo decidió casarse. Primero conoció a una compañera, super alumna con excelencias académicas y se enamoró; después conoció a otra que era angelical, genial y precoz, se enamoró por segunda vez; y finalmente conoció a la bellísima Inés, que era excelente alumna, genial, angelical, con excelencias y decidió casarse con ella. Estaba tan enamorado y tan contento que nosotros también nos contentamos.

Vivíamos en lo que queda del casco de la Hacienda de San Pedro Mártir. En la víspera, la cocina de dimensiones que fueron para alimentar hacendados y aborígenes, se llenó de alboroto con los preparativos. Nosotros preparamos el pastel, los chilaquiles, frijolitos y chocolate con churros que se acostumbraba dar a modo de segunda vuelta, en la madrugada. Un bisque de langosta que fue a preparar un *chef gay*, avezado en artes culinarias. *Les Croissants* se encargó del resto del banquete. Lo más granado del medio se hizo cargo de las flores, las carpas, la iluminación, el viaje de boda, el castillo pirotécnico, sólo superado por el que Edi mandó hacer, ocho años antes, cuando su papá cumplió cincuenta años, el cual fue más tronador y luminoso que el del santo patrono, el día de San Juan.

La boda por lo civil fue en el comedor, era un comedor veneciano negro siglo XVII; apenas si fue digno marco para ese hijo que llenaba mi vida de alegría y amor.

Restauramos la capillita, que se mantuvo abierta para los invitados. Se casaron en el jardín. En la parroquia se negaban a permitir bodas en otro lado que no fueran las iglesias, semejante desacato estaba considerado como una herejía. Edgardo fue a dar hasta la Mitra y con su habi-

tual elocuencia, los convenció. Fue boda mixta, celebraron una singular misa latinoamericana, los mariachis vestidos de blanco cantaron; pusieron rebozos para adornar la arquería. Fue el 26 de octubre de 1996, ofició el padre Félix, con la luna más bella del año, en medio de los augurios mas prometedores para la nueva pareja.

Edgardo estaba radiante, mi amor se daba por extensión a los amigos de mis hijos, con mayor razón para sus parejas. Dentro de su sobrio vestido de novia, Inés, fue la novia más bella que haya visto, y a mis años, vaya que había visto algunas. Se debió sentir en el centro del universo, aunque normalmente no hablaba de ella.

Bailamos hasta que no pude dar paso. Las siete de la mañana del día siguiente, nos encontró aún platicando y haciendo planes para el futuro.

Edi y su novia dispusieron y decidieron todo. Estuvieron presentes todos sus amigos, fue una boda de jóvenes y para jóvenes, se sentía energía y felicidad por todos lados. Sus hermanos y los amigos de sus hermanos, sus orgullosísimos padres, sus familiares. Todos, ese día, fuimos uno en el ritual de vida-muerte-renacimiento, donde termina una etapa para que comience una nueva.

Mi esposo había comprado un terreno en el kilómetro 28, en la carretera libre a Cuernavaca, lo puso a nombre de nuestros hijos, años atrás. Edgardo decidió construir ahí su casa, era blanca por dentro y por fuera, con muchos ventanales para disfrutar la vista de la ciudad que simbólicamente estaba a sus pies.

El 27 de junio de 1997, salió publicada una carta abierta dirigida al C. Presidente de la República Mexicana, doctor Ernesto Zedillo Ponce de León, firmada por mí; que a la letra dice:

MATARON A MI HIJO:

Hoy hace un mes que asesinaron a mi hijo en un intento de robo, a las puertas de su hogar; hoy que muero de tristeza sin él, revisando sus fotos me detengo en una donde, lleno de realizaciones y promesas, baila-

ba con un gorrito rojo el día de su boda, celebrada apenas en octubre pasado; era la felicidad hecha joven. Comparo esta imagen a la que su hermano vio en Gayosso y con la que dice que soñará en su peores noches de por vida: un cuerpo hinchado, con heridas quirúrgicas y de bala hasta sumar doce; hematomizado y a punto de reventar; con la mueca de muerte de un torturado y con el visible maltrato del forense, las heridas en canal de la autopsia. ¡Ah pero eso sí!, maquillado por si alguien más se quisiera aventurar a verlo, que de ser así, hubiera retrocedido horrorizado pensando haberse confundido y en vez de Gayosso fuera la morgue de algún campo de concentración.

En un segundo cambió mi vida; en un segundo perdí a mi nieto programado para diciembre; en un segundo mi familia quedó deshecha; en un segundo mi mente se transformó queriendo morir mil veces al lado de mi hijo.

Una larga fila de gente expresó sus condolencias. Decían: “¡Oh qué desgracia tan grande, cómo lo siento, que pena, estoy contigo!” Sin embargo, ninguno dijo: “¡Oh, qué crimen tan grande, clamamos justicia, el próximo puede ser el mío, ayudaré a buscar al asesino de tu hijo!”

Hay que llamar las cosas por su nombre, esto fue un crimen cometido con todas las agravantes de la ley; hubo premeditación en el acto de esperarlo en la oscuridad de la noche, a las puertas de su casa para cometer el asesinato con brutal ferocidad. Hubo alevosía al ser sorprendido de improviso sin darle oportunidad de defenderse. Hubo ventaja por el arma que portaba el o los asesinos y mi hijo no se hallaba armado, estaba indefenso. Fue violación a todos los derechos humanos; una muestra de que la “despistolización” es un fracaso porque hombres como el que asesinó a mi hijo, posee una “45” y hombres como mi hijo y su familia, somos víctimas por una injusta distribución de armas.

Fue un despojo porque nos quitaron la paz, la fe, todo en lo que creía se derrumbó ¿para qué?, me pregunto ahora, no valió ningún mérito, no sirvió la honestidad, ¿para qué el trabajo, para qué el hogar? Nos despojaron para siempre de formar una familia feliz, unida y completa; de la alegría que no le van a dar sus hijos; de la ilusión de verlo renacido en mis nietos. Al truncar su vida, se llevaron lo más preciado

que teníamos su esposa, su padre, quien se encuentra enfermo por la pena, sus hermanos y yo.

Si en esta ciudad se mata a un joven profesionalista, empresario brillante, un hombre de bien; se mata también el futuro de México.

Mi hijo murió porque en esta ciudad, quien mata ni lo piensa, sabe que difícilmente lo agarran porque ha vivido la impunidad y sabe también que en la cárcel quizá la pase mejor que afuera: puede comer sin trabajar, tiene donde dormir, lo pueden visitar a diario, hasta visita conyugal si lo desea. Va a hacer buenas relaciones, a aprender nuevas y mejores “técnicas”; en fin, sabe que no le va a pasar nada grave y que con el tiempo lo van a soltar.

Hay que parar todo esto; basta ya de poner la otra mejilla; pido el apoyo de todos cuantos han sufrido vejaciones, robos, asesinatos; a los que igual que yo, por las noches se asombran de oír sus propios gritos; de todos los que me han expresado su justa indignación y han empatizado con mi impotencia; convoco y agradezco a todas las madres que se duelen conmigo, a los padres que se indignan conmigo y a los jóvenes que, durante una semana de torturas, estuvieron a mi lado en la dolorosa agonía de mi hijo.

Solicito el apoyo de Germán Dehesa, quien un día después del sepelio de mi hijo, enuncia en su artículo que “nada hay que pueda decirme”. Así es, no hay nada que nadie me pueda decir, hay que actuar. Del señor Sergio Sarmiento, que habla de la impunidad frente a las muertes violentas y prematuras (seis mil homicidios anuales en el país, saldo similar al de una guerra). De Teresa del Conde. De Martha Chapa.

De todo el que se precie de ser auténtico ciudadano responsable, consciente de que esta ciudad necesita por elemental justicia, imponer castigos a la altura de los crímenes. Pido a todos unan su voz a la mía y se solidaricen con mi dolor y mi tragedia para impedir que sigan matando a nuestros hijos en las esquinas.

De usted señor C. Presidente de la República Mexicana, doctor Ernesto Zedillo Ponce de León, que su lema y su bandera ha sido abogar por la justicia; quien sin duda desea salvar la parte noble, viva y productiva que aún subsiste en México.

SOLICITO:

1o. Se aplique la pena de muerte a quien resulte responsable del asesinato de mi hijo EDGARDO MARTÍNEZ GONZÁLEZ, que existe en México en el Artículo 22 Título primero, capítulo 1 de las Garantías Individuales de nuestra Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, pero que no es ley positiva por lo que solicito al Congreso de la Unión y a los legislativos locales, modifiquen los códigos penales para que se incluya la pena capital, tal como lo prevé nuestra Constitución. La sabiduría del constituyente fue clara, si la sociedad y los legisladores no hemos tenido el valor de hacerla válida, es tiempo de hacerlo. Es necesario, para prevenir el asesinato, que quien mata sepa que no hay razón para respetar la vida de quien no respeta la vida de otros y por lo tanto, también será matado.

2o. Se permita portar armas al ciudadano respetable y trabajador que desprotegido por las autoridades, debe tener derecho a la legítima defensa. El Artículo 10 de nuestra Constitución autoriza restringidamente la portación de armas; sin embargo, en su origen el legislador constituyente autorizaba plenamente a los ciudadanos la portación de las mismas. Llegó el momento de parar el desamparo en que nos encontramos, frente a la artera y permanente actitud del hampa organizada que públicamente exhibe y utiliza armas de alto poder.

3o. Que se ponga a trabajar a los reclusos en minas, construcciones, pavimentación, etcétera. El Artículo 18 de nuestra Constitución señala que el sistema penal se organizará sobre la base del trabajo; la capacitación para el mismo y la educación como medios para la readaptación social del delincuente. Es injusto que los padres agobiados por el dolor mantengan con su trabajo y sus impuestos al asesino de su propio hijo y sucesivamente la sociedad entera venga a ser nuevamente víctima del victimario. Es indispensable que el ocio no siga formando y depurando criminales en nuestras cárceles.

A todos los que me dicen ¿qué puedo hacer por ti?, pido su apoyo. Nunca me interesó la política, pero ahora mi voto estará con el partido que apoye mis peticiones que ya son una sola voz en millones de mexicanos agraviados por la impunidad y por el crimen.

Si tu dolor grita, si tu razón exige, si tu anhelo espera equidad y justicia, envía tus datos afiliatorios:

Teléfono 5 531 77 81 Fax 5 531 77 80

La muerte en vida me habita desde entonces. El amor de mis otros hijos y de mi esposo no alcanza para tapar el hueco que dejó Edgardo.

Mi hermano Fernando, que no se apartó de mi lado los seis días que luchó mi hijo por vivir, murió veintiocho días después.

¿En qué tribunal fui juzgada?

¿En qué era se me emplazó?

¿En dónde obra mi expediente?

¿Por qué la vida me condenó?

EPÍLOGO

Quisiera poder escribir como Pablo Neruda, Zorrilla, Rulfo, Paz, para describirte y escribirte; decir quién eres y quién fuiste y también, por qué no, decir quién serías. Inmortalizarte al contarte, dejarte dicho... Nombrarte tal cual. Sabiendo como sé que aunque no te alcance, aunque no pueda decirte del todo, lo que abarque será suficiente. Noticias de ti como Fernando del Paso dijo del Imperio. Para que los demás sepan. Prolongar tu vida en cada vida que te sepa; que vivas en cada uno que te lea, te escuche y reproduzca lo que tengas que decir.

Quiero ser tu voz, prolongarte en mí, ya que no pudo ser prolongarme a mí como estaba escrito en el plan maestro. Porque eras mi hijo y mi trascendencia en el mapa que se dice sagrado. En el plan divino de la vida. Los hijos no mueren primero en el planteamiento original de nuestra engañada existencia; de tu existencia y luego la mía. De mi existencia y luego la que te fue arrancada, de esa vida quiero hablar y nombrar, y decir y plasmar.

Detener como Proust el tiempo, para eternizarte.

Recitar tu vida como en la *Iliada* y *Odisea*. Hacer una apología como la de Sócrates. Hablar de absurdos y oráculos como en las *Tragedias* y contar la nuestra.

Denunciar la inmutabilidad del universo ante la injusticia. Decirles a todos que no hay Dios en el cosmos que se conmueva ante el dolor sagrado de perder un hijo; del sagrado dolor del hijo que muere y lo pierde todo.

De eso quiero hablar.